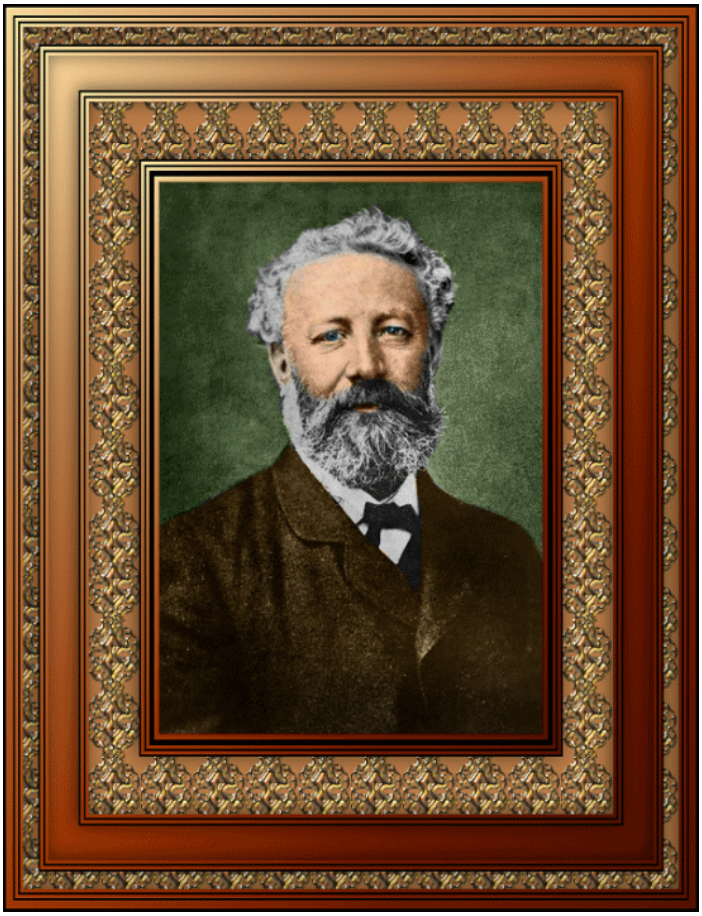
JULIO VERNE



ENSAYOS, DISCURSOS, POEMAS Y CARTAS

Ensayos (4)

A propósito del “Gigante”

Edgar Poe y sus obras

Veinticuatro minutos en globo

Recuerdos de infancia y juventud

Discursos y conferencias (2)

Los meridianos y el calendario

Una ciudad ideal

Poemas (7)

El vapor

La Luna

La muerte

¿Conoce usted a mi Andaluza?

Amo esos dulces pájaros

Cuando por el duro invierno

A la morfina

Cartas (5)

De Verne a su padre, en abril de 1851

De Hetzel a Verne luego de leer París en el siglo XX

De Verne a su hermano Paul, acerca de Turpin

De Verne a Hetzel hijo, sobre “La esfinge de los hielos”

De Verne a su amigo Nadar, en 1903

A propósito del “Gigante”

Parece que la cuestión de los globos ha experimentado un nuevo progreso desde las audaces tentativas de Nadar. La ciencia aerostática parecía abandonada desde hacía largo tiempo; y, por así decirlo, no había hecho grandes progresos desde finales del siglo XVIII; los físicos de la época habían inventado todo: el gas hidrógeno para inflar el globo, la red para contener el tafetán y sostener la barquilla, y en fin la válvula para dejar ir el gas; los medios de ascenso y de descenso por el abandono del gas o del lastre fueron igualmente encontrados. Por tanto, en ochenta años, el arte de los aeronautas permaneció estacionario.

¿Se puede decir que las tentativas de Nadar hayan traído un nuevo progreso? Quizás; estoy tentado de decir: evidentemente. Y he aquí el porqué:

Primeramente, este corajudo e intrépido artista ha reavivado el tema olvidado; se ha aprovechado de su simpática situación en la prensa y enfrente de los periodistas para así atraer la atención pública sobre el tema. Al comienzo de los grandes descubrimientos, siempre hay un hombre de temple, buscador de dificultades, enamorado de lo imposible, que intenta, trata, tiene éxito más o menos, pero finalmente da el impulso; los científicos se reúnen entonces; hablan, escriben, calculan, y, un buen día, el éxito se nos presenta ante nuestros ojos.

Es esto lo que trajeron las audaces ascensiones de Nadar; que el arte de elevarse y de dirigirse en el aire se convierta para siempre en un medio práctico de locomoción, y la posteridad, si es justa, le deberá una gran parte de su reconocimiento.

No voy a narrar aquí los viajes del *Gigante*; otros lo han hecho, los cuales, habiéndolo acompañado en su vuelo, han estado mejor ubicados para ver,

por tanto para contar. Sólo quiero, en algunas líneas, indicar la dirección que tiende a tomar la ciencia aeronáutica.

Primero, según Nadar, el *Gigante* debe ser el último globo; las dificultades de sus descensos demuestran ampliamente cuánto un vasto aparato como este es peligroso de guiar, imposible de conducir.

Se quiere entonces llegar a eliminar el globo simplemente; ¿es esto posible? El señor Babinet lo cree así, como si la idea viniese de él; Los señores de Ponton d'Amécourt y de La Landelle afirman haber vencido la dificultad y resuelto el problema.

Pero antes de entrar en los detalles de su invención, finalicemos con los globos, y permítanme hablarles del aparato del señor de Luze. Lo he visto funcionar en pequeño, y es sin duda lo más ingenioso que se ha hecho para dirigir un aerostato, si un aerostato es algo dirigible; además, el inventor ha obrado lógicamente: en lugar de buscar cómo empujar la barquilla, ha buscado cómo empujar el globo.

Para hacerlo, le ha dado la forma de un cilindro alargado: sobre este cilindro ha dispuesto las paletas de una hélice; ha unido las dos extremidades del cilindro a la barquilla por medio de cables enrollados sobre poleas; estos cables están destinados a dar, a través de un motor ordinario, un movimiento de rotación al cilindro, y el globo se enrosca literalmente en el aire.

Es cierto que el aparato funciona, y funciona muy bien; no podrá ciertamente remontar las corrientes extremadamente fuertes; pero, en los vientos moderados, creo que se podrá dirigir; además el aeronauta tendrá a su disposición unos planos inclinados que, desarrollados en un sentido u otro, le permitirán hacer reales ascensiones verticales.

Su globo debe estar construido en cobre, de manera tal que evite la salida del gas hidrógeno puro, que es muy ligero, y el señor de Luze espera producir los movimientos de ascenso y de descenso por medio de una bolsa ubicada en el interior del globo, y en el cual reciclará el aire por medio de una bomba.

He aquí muy resumida su invención; se puede ver lo que la hace más ingeniosa, es el globo propiamente actuando como hélice. ¿Tendrá éxito el señor de Luze? Lo veremos, ya que se propone viajar durante dos días por encima de París.

Pero vuelvo al proyecto de los señores de Ponton d'Amécourt y de La Landelle; hay en él algo muy serio; solo resta saber si su idea es practicable con los medios que la mecánica actual pone a su disposición.

Usted conocen esos juguetes de niños hechos de paletas a los cuales se les comunica una viva rotación por medio de una cuerda rápidamente desenrollada; el objeto vuela y planea en el aire, mientras que la hélice conserva su movimiento giratorio; si este movimiento continuase, el aparato no caería; imaginen un resorte que actúe incesantemente, y el juguete se mantendrá en el aire.

Es sobre este principio que ha sido construido el helicóptero del señor de Ponton d'Amécourt; el aire ofrece un punto de apoyo suficiente a la hélice, que lo corta oblicuamente; todo esto es físicamente verdadero, y he visto con mis ojos funcionar los pequeños aparatos fabricados por estos señores; un resorte tensado, soltado de repente, se elevaba con la hélice.

Pero evidentemente la columna de aire expulsada por la hélice le daría al aparato un movimiento de rotación inverso; fue necesario entonces prevenir este inconveniente, debido a que el aeronauta hubiera sido rápidamente atrapado por este vals aéreo. También, por medio de dos hélices superpuestas girando en direcciones opuestas, el señor de Ponton d'Amécourt ha podido recuperar la completa inmovilidad.

Con una tercera hélice, vertical, dirige su aparato como desea. Por tanto, por medio de las dos primeras, se sostiene en el aire; por medio de la tercera, se impulsa como si estuviese en el agua.

He aquí entonces teóricamente el medio encontrado, el helicóptero; pero, prácticamente, ¿tendrá éxito? Todo dependerá del motor empleado para mover la hélice; es necesario que sea a la vez poderoso y ligero.

Desafortunadamente, hasta aquí las máquinas de aire comprimido o de vapor, de aluminio o de hierro, no han dado resultados completos.

Sé bien que los experimentadores trabajan en pequeño, y que, para tener éxito, es necesario operar en grande, debido a que en la medida que el volumen del aparato crezca, su peso relativo disminuye; en efecto, una máquina de veinte caballos de fuerza pesa mucho menos que veinte máquinas de un caballo de fuerza. Esperemos, pues, pacientemente por las experiencias más decisivas. Los inventores son gentes instruidas y resueltas; ellos irán hasta el fin de su descubrimiento.

Pero necesitan dinero, y quizás mucho; Nadar se ha dedicado por completo a obtener este dinero; es por esto que ha convocado a la muchedumbre a venir a ver sus audaces ascensiones. Los espectadores no han acudido en gran número, porque no sueñan quizás más que en un placer presente; si Nadar vuelve a comenzar, y ellos piensan en la utilidad futura, el campo de Marte será muy pequeño para contenerlos.

No se trata más, así lo vemos, de planear o de volar por los aires, sino de navegar.

Un científico ha dicho muy humorísticamente: “El hombre hará grandes cosas mientras se transforma en volátil y no será más que una víctima.”

Recomendemos entonces el helicóptero, y tomemos como consigna la dicha por Nadar:

Todo lo que es posible se hará.

Las extraordinarias historias de un novelista
por Ariel Pérez

(Introducción a la traducción española de Edgar Poe y sus obras)

Confieso que, años atrás, el primer cuento de Edgard Allan Poe que tuve la oportunidad de leer, me produjo varias sensaciones. El relato en cuestión se llamaba **El corazón delator**. Su extensión era muy corta y su historia era sencilla, pero por ninguna causa su lectura dejaba de ser verdaderamente impactante. Se narraba la historia de un hombre que tenía una obsesión: no le gustaba el ojo de su vecino, le provocaba terror; así que decide matarlo. Luego de consumado el hecho, el asesino entierra al viejo bajo las tablas del piso de la casa. Comienza entonces la soledad que sigue al crimen, el descubrimiento gradual que hace el asesino de su separación del resto de los hombres. La culpa hace que el criminal tenga alucinaciones auditivas, y a cada momento siente latir el corazón del anciano, ve su ojo. El crimen ha rebotado contra su autor y lo ha aniquilado completamente. Mientras, el asesino termina por confesarlo todo a los agentes de la policía. ¡Qué ritmo de palabras despliega Poe en las pocas líneas que relata! La sicología del asesino viene a dejarnos una huella inolvidable de sus sentimientos propios.

Es precisamente este afamado norteamericano, la principal fuente de inspiración del escritor francés Julio Verne. El poeta francés Charles Baudelaire traduce en 1848 las obras del novelista y aparecen en Francia, entre los años 1856 y 1857 una colección de relatos bajo el título de **Historias extraordinarias**. Verne lee incansablemente estos relatos y su identificación inmediata con la obra del norteamericano, le hace descubrir todo ese sistema narrativo del escritor, su capacidad de crear universos utópicos e imaginarios, de relatar sus extrañas inspiraciones, de abordar los disímiles y complejos temas de la sicología humana, de poner toda su imaginación a disposición de la ciencia. En lo adelante Verne estaría marcado para siempre por el estilo de Poe.

Es notable el hecho de que haya sido el propio Verne quien le diera continuidad a la novela aparentemente inconclusa **Aventuras de Arthur**

Gordon Pym. Después de varios años, Verne decidió explicar muchas de las incógnitas dejadas por aquella impresionante historia de Poe, y escribe **La esfinge de los hielos**. Por otra parte, fue indudablemente, el cuento del autor norteamericano **Tres domingos por semana**, el punto de partida para que Verne creara uno de sus grandes **Viajes Extraordinarios**, el cual luego titularía **La vuelta al mundo en ochenta días**.

Inspirado en la figura del norteamericano, Verne publica en abril del año 1864, en la revista francesa *Musée des familles* un artículo dividido en cuatro capítulos, que tituló **Edgar Poe y sus obras**. El texto estaba acompañado de seis imágenes, dos de las cuales habían sido hechas por el artista F. Lix, y las restantes cuatro, fueron diseñadas por Yan 'Dargent. La primera edición en forma de libro y la cual puede ser considerada, por tanto, como la versión original fue publicada por Ediciones *Rencontre* en Lausana, Suiza, en el año 1971, en un volumen donde además fue editada la novela **La esfinge de los hielos**.

Para toda la comunidad hispana que aún no ha tenido la oportunidad de leer este artículo, donde Verne evalúa en detalles algunas de las obras más importantes de Poe, va dirigido este texto. Quiero agradecer muy especialmente a Christian Sánchez, por sus consejos y la ayuda prestada en la corrección del texto.

Estamos convencidos de que el lector, luego de leer el texto, se llevará una idea bastante cercana de quién era este gran hombre de letras nacido en los Estados Unidos de América. Verne expresa y se nota continuamente a través de todo el artículo su admiración y respeto hacia sus obras.

Dejemos pues, sin más preámbulos que sea el propio Verne, su admirador número uno, el que nos hable con detalles de Edgar Poe y sus obras.

Edgar Poe y sus obras

Capítulo I

Escuela de lo extraño - Edgard Poe y el señor Baudelaire - La existencia miserable del novelista - Su muerte - Anne Radcliff, Hoffmann y Poe - Historias extraordinarias - Doble asesinato en la calle Morgue - Curiosa

asociación de ideas - Interrogatorio de testigos - El autor del crimen - El marinero maltés

He aquí, mis estimados lectores, un novelista americano de alta reputación; ustedes conocen su nombre, muchos probablemente, pero pocos su obra. Permítanme por consiguiente contarles sobre el hombre y su obra; ambos ocupan un importante lugar en la historia de la imaginación, porque Poe ha creado un género aparte, que solo procede de él mismo, y del cual me parece que se ha llevado el secreto; se le pudiera identificar como el *fundador de la escuela de lo extraño*; ha hecho retroceder los límites de lo imposible; él tendrá imitadores. Éstos intentarán ir más allá, de exagerar su estilo; más de uno creerá que le sobrepasará, pero no logrará ni siquiera igualarlo.

Les diré en primer lugar que un crítico francés, el señor Charles Baudelaire, ha escrito, delante de su traducción de las obras de Edgard Poe un prólogo no menos extraño que la propia obra. Quizás este prólogo requeriría a su vez algunos comentarios aclaratorios. Sea como sea, se ha hablado de él en el mundo de las letras; se han fijado en él , y con razón: el señor Charles Baudelaire era digno de explicar al autor americano a su manera y yo no le desearía al autor francés otro comentarista de sus obras presentes y futuras que un nuevo Edgard Poe. Ambos fueron hechos para comprenderse. Además, la traducción del señor Baudelaire es excelente y le tomaré prestado los pasajes citados en el presente artículo.

Yo no intentaré explicarles lo inexplicable, lo incomprensible, el imposible producto de una imaginación que Poe en ocasiones llevó hasta el delirio; pero lo seguiremos paso a paso; les hablaré de sus más curiosas historias, con muchas citas; les mostraré cómo él procede, y qué punto sensible de la humanidad golpeó, para sacar de allí sus extraños efectos.

Edgard Poe nació en 1813 en Baltimore, en pleno Estados Unidos, en medio de la nación más positiva del mundo. Su familia, que desde hacía tiempo tenía una posición importante, declinó notablemente hasta llegar a él; si su abuelo llegó a ser famoso en la guerra de independencia como

cabo de marina bajo las órdenes del general La Fayette, su padre, un pobre comediante, murió en la más completa miseria.

Un señor llamado Allan, quien era un comerciante en Baltimore, adoptó al joven Edgard, y le hizo viajar a Inglaterra, Irlanda y Escocia; Edgard Poe no parece haber visitado París, de la cual describe de forma inexacta ciertas calles en uno de sus cuentos.

Al regresar a Richmond en 1822, él continuó su educación; mostraba singulares facultades en el aprendizaje de la Física y la Matemática. Su conducta distraída le hizo abandonar la universidad de Charlottesville e incluso a su familia adoptiva; entonces partió para Grecia, en el momento de esta guerra que no parece haber sido hecha más que para la mayor gloria de Lord Byron. Debemos destacar al pasar que Poe era un nadador notable, tanto como el poeta inglés, sin querer obtener alguna deducción de esta comparación.

Edgard Poe viajó luego de Grecia a Rusia, llegó hasta San Petersburgo, allí se vio comprometido en ciertos asuntos cuyo secreto no conocemos y regresó a América, donde entró en una escuela militar. Su temperamento indisciplinado provocó que fuera expulsado rápidamente; entonces comenzó a enfrentar la miseria, la miseria americana, la más horrible de todas; se le ve dedicarse, para vivir, a los trabajos literarios; gana afortunadamente dos premios auspiciados por una revista al mejor cuento y el mejor poema, y finalmente se convierte en director del *Southern Literary Messenger*. El periódico prospera, gracias a él, de lo que resulta una especie de buena posición ficticia para el novelista, que se casa con Virginia Clemm, su prima.

Dos años después tuvo una discusión con el propietario del periódico; es necesario decir que el desdichado Poe le reclamaba a menudo a la embriaguez del aguardiente sus más extrañas inspiraciones; su salud se fue deteriorando poco a poco; pasemos rápidamente por estos momentos de miseria, de lucha, de éxito, de desesperación, del novelista mantenido por su pobre esposa y sobre todo por su suegra, quien lo amó como a un hijo hasta más allá de la tumba y digamos que luego de una larga estancia

en una taberna de Baltimore, el 6 de octubre de 1849, un cuerpo fue hallado en la vía pública; era el cuerpo de Edgard Poe; el pobre desgraciado respiraba aún; fue llevado al hospital; el *delirium tremens* lo atrapó, y murió el día siguiente, apenas a los treinta y seis años.

Esta es la vida del hombre, veamos ahora su obra; dejaré a un lado al periodista, al filósofo, al crítico, para referirme al novelista; es en los cuentos, en las historias, en las novelas, en efecto, donde se manifiesta toda la rareza del genio de Edgard Poe.

A veces se le compara con dos autores, uno de ellos, una escritora inglesa llamada Anne Radcliff, el otro, alemán, Hoffmann; pero Anne Radcliff ha explotado el *género de terror*, que se explica siempre por las causas naturales; Hoffmann se ha aprovechado de lo puramente fantástico, en el que ninguna razón física puede ser admitida; no era así con Poe; sus personajes pueden existir con todo rigor; ellos son eminentemente humanos, dotados sin embargo de una sobreexcitada sensibilidad, supranerviosa, individuos de excepción, galvanizados por así decirlo, como si fueran personas a las que se les hiciese respirar un aire más cargado de oxígeno, y cuya vida no sería más que una activa combustión. Si no están locos, los personajes de Poe deben evidentemente llegar a serlo por haber abusado de su cerebro, como otros abusan de los licores fuertes; ellos llevan al límite máximo el espíritu de reflexión y deducción, los cuales son los más terribles analistas que conozco, y, partiendo de un hecho insignificante, ellos llegan a la verdad absoluta.

Yo intento definirlos, pintarlos, delimitarlos, y no lo consigo, porque ellos escapan al pincel, al compás, a la definición. Es mejor, queridos lectores, mostrarlos en el ejercicio de sus funciones sobrehumanas. Es lo que voy a hacer.

De las obras de Edgard Poe, poseemos dos volúmenes de las **Historias extraordinarias**, traducidos por el señor Charles Baudelaire; los **Cuentos inéditos**, traducidos por William Hughes, y una novela titulada **Aventuras de Arthur Gordon Pym**. De estas diversas colecciones, seleccionaré lo mejor para interesarlos, y lo lograré sin dificultad, puesto que dejaré la

mayor parte del tiempo que Poe hable por sí solo. Sírvanse entonces a escucharlo con confianza.

Primero les voy a ofrecer tres cuentos en los cuales el espíritu de análisis y deducción alcanza los últimos límites de la inteligencia. Se trata de **Los crímenes de la calle Morgue**[1], de **La carta robada**[2] y de **El escarabajo de oro**[3].

He aquí la primera de estas tres historias, y cómo Edgard Poe prepara al lector para esta extraña narración:

Después de curiosas observaciones, en las que prueba que el hombre verdaderamente imaginativo no es más que un analista, sitúa en la escena a un amigo suyo, llamado Auguste Dupin, con el cual vivía en París en una parte aislada y solitaria del suburbio *Saint-German*.

"Mi amigo - dice -, tenía una rareza de humor, - ¿que otro nombre darle? - consistía en amar la noche por la noche misma; a esta rareza, como a todas las otras, me abandoné a mi vez sin esfuerzo, entregándome a sus extraños caprichos con perfecto abandono. La negra divinidad no podía permanecer siempre con nosotros, pero nos era dado imitarla. A las primeras luces del alba cerrábamos las pesadas persianas de nuestra vieja casa y encendíamos un par de bujías que, fuertemente perfumadas, solo lanzaban débiles y mortecinos rayos. Con ayuda de ellas ocupábamos nuestros espíritus en soñar, leyendo, escribiendo o conversando, hasta que el reloj nos advertía la llegada de la verdadera oscuridad. Salíamos entonces a la calle, tomados del brazo, continuando la conversación del día o vagando al azar hasta muy tarde, mientras buscábamos entre las luces y las sombras de la populosa ciudad esa infinidad de excitantes espirituales que no puede proporcionar la observación silenciosa.

"En esas oportunidades, no dejaba de reparar y admirar - aunque dada su profunda idealidad cabía esperarlo - una peculiar aptitud analítica de Dupin...

"..... En aquellos momentos su actitud era fría y abstraída; sus ojos miraban como sin ver, mientras su voz, habitualmente de un rico registro de tenor, subía a un falsete..."

Y ahora, antes de abordar el tema de su cuento, Poe dice cómo procedió Dupin con sus curiosos análisis.

"Pocas personas, hay que, en algún momento de su vida no se hayan entretenido en remontar el curso de las ideas mediante las cuales han llegado a alguna conclusión. Con frecuencia esta tarea está llena de interés, y aquel que la emprende se queda asombrado por la distancia aparentemente ilimitada e inconexa entre el punto de partida y el de llegada.

"Errábamos una noche por una larga y sucia calle, en la vecindad del Palacio Real. Sumergidos en nuestras meditaciones, no habíamos pronunciado una sola sílaba durante un cuarto de hora por lo menos. Bruscamente, Dupin pronunció estas palabras:

"- Sí, es un hombrecillo muy pequeño, y estaría mejor en el Teatro de las Variedades.

"- No cabe duda - repuse inconscientemente, sin advertir (pues tan absorto había estado en mis reflexiones) la extraordinaria forma en que Dupin coincidía con mis pensamientos. Pero, un instante después, me di cuenta y me sentí profundamente asombrado - Dupin, - dije gravemente -. Esto va más allá de mi comprensión. Le confieso sin rodeos que estoy atónito y que apenas puedo dar crédito a mis sentidos. ¿Cómo es posible que haya sabido que yo estaba pensando en.....?"

"Aquí me detuve para asegurarme sin lugar a dudas de si realmente sabía en quien estaba yo pensando.

"- En Chantilly - dijo Dupin -. ¿Por qué se interrumpe? Estaba usted diciéndose que su pequeña estatura le veda los papeles trágicos.

"Tal era, exactamente, el tema de mis reflexiones. Chantilly era un exremendón de la calle *Saint-Denis*, que apasionado por el teatro, había encarnado el papel de Jerjes en la tragedia homónima de Crébillon.

"- En nombre del cielo - exclamé - dígame cuál es el método..., si es que hay un método..., que le ha permitido leer en lo más profundo de mí.

Se nota que este comienzo es raro; aquí se entabla una discusión entre Poe y Dupin, y este último, reconstruyendo la serie de reflexiones de su amigo, le muestra que se encadenan de esta manera, remontando hasta el principio: Chantilly, el remendón, Orión, el doctor Nichols, Epicuro, la estereotomía, el pavimento, el frutero.

He aquí ideas que no tienen ninguna relación entre ellas, y sin embargo Dupin las conecta fácilmente, comenzando por la última.

En efecto, al entrar en la calle, un frutero tropezó bruscamente con Poe; éste último, agitado por el susto, se resbaló un poco, pisó con su pie una piedra suelta, y se torció ligeramente el tobillo, al tiempo que maldecía el pavimento de la calle que se encontraba en reparación. Cuando llegan al pasaje donde con fines experimentales se ha construido un pavimento de madera, la palabra estereotomía ha venido a su mente, y esta palabra lo ha conducido inevitablemente a los átomos y a las teorías de Epicuro. Ahora bien, él había tenido recientemente con Dupin una discusión al respecto, en la que Dupin le hizo saber que los últimos descubrimientos cosmogónicos del doctor Nichols confirmaban las teorías del filósofo griego. Al pensar en eso, Poe no pudo dejar de alzar los ojos hacia la constelación de Orión, que brillaba entonces con toda su pureza. Ahora bien, el verso latino *Perdidit antiquum littera prima sonum*, se refería a Orión, que se escribía antiguamente Urión, y este verso, un crítico acababa de aplicarlo para ridiculizar al remendón de Chantilly, en su último artículo.

"Esta asociación de ideas, dijo Dupin, la vi por la sonrisa que pasó por sus labios. Pensaba usted en la inmolación del pobre zapatero. Hasta ese momento había caminado algo encorvado, pero de pronto lo vi erguirse en toda su estatura. Me sentí seguro de que estaba pensando en la diminuta

figura de Chantilly. Y en este punto interrumpí sus meditaciones para hacerle notar que, en efecto, el tal Chantilly era muy pequeño y que estaría mejor en el Teatro de las Variedades"

¿Qué hay más ingenioso y novedoso, les pregunto, y hasta donde el sentido de la observación podrá conducir a un hombre dotado como este Dupin? Es lo que vamos a ver.

Un terrible asesinato ha sido cometido en la calle Morgue; una anciana llamada *L'Espanaye* y su hija que ocupaban un apartamento en el cuarto piso, han sido asesinadas hacia las tres de la mañana. Un cierto número de testigos, entre ellos un italiano, un inglés, un español y un holandés, atraídos por los espantosos alaridos, se precipitaron hacia el apartamento, forzaron la puerta y en el medio del más extraño desorden, hallaron a las dos víctimas, una estrangulada, la otra mutilada con una navaja de afeitar que aún estaba ensangrentada. Las ventanas, las puertas cuidadosamente cerradas, no permitían conocer el camino tomado por el asesino. Las más sagaces investigaciones desarrolladas por la policía habían sido en vano, y nada parecía ponerla sobre la pista del crimen.

Este terrible hecho, rodeado de un misterio tan profundo, le interesaba extraordinariamente a Auguste Dupin; decía que para la investigación de este asesinato, no era necesario proceder por los métodos usuales; conocía al prefecto de la policía, y consiguió de él la autorización para dirigirse al lugar del crimen con el propósito de examinarlo.

Poe lo acompañaba en esta visita. Dupin, seguido de un gendarme, inspeccionó la calle Morgue, la parte posterior de la casa y la fachada con una atención minuciosa. Entonces subieron al cuarto donde yacían aún los dos cuerpos. Su examen duró hasta la noche, sin decir una palabra, y mientras volvía a casa, se detuvo algunos minutos en las oficinas de un periódico.

Durante toda la noche, permaneció callado, y, sólo al día siguiente, al mediodía, le preguntó a su compañero si había notado algo particular en el lugar del crimen

Es aquí donde el analista Dupin comienza a aparecer.

"Bien - dijo Dupin -, estoy esperando ahora a alguien que si bien no es quizás el perpetrador de esas carnicerías, debe hallarse implicado en cierta manera en su ejecución. Es probable que sea inocente de la parte más horrible de los crímenes..... Espero la llegada de ese hombre en cualquier momento y en esta habitación..... Si viene, habrá que retenerlo. He ahí unas pistolas; los dos sabemos lo que se puede hacer con ellas cuando la ocasión se presenta."

Dejaré que ustedes imaginen cuál fue la estupefacción de Poe al oír estas palabras. Dupin le dice que, si la policía, después de haber levantado los pisos, abierto los techos y explorado las mamposterías de las paredes, no podía explicar la introducción y la huida del asesino, él, procediendo de otro modo, sabía a qué atenerse a este respecto. En efecto, mientras buscaba por todos los lugares de la casa y principalmente cerca de la ventana trasera por la cual tenía que haber huido el asesino, descubrió un resorte; este resorte, mal sujetado por un clavo herrumbroso, había permitido cerrar la ventana nuevamente, y asegurar el marco, después que este fuera empujado desde el exterior por el pie del fugitivo. Cerca de esta ventana pendía una larga varilla proveniente de un pararrayos, y Dupin no dudó al pensar en que la misma le había servido como camino aéreo al asesino.

Pero esto no tenía importancia; el camino tomado por el asesino antes o después del crimen, no le llevaba al conocimiento del criminal. Por eso Dupin, sabiendo a qué atenerse al respecto, se lanza a una deducción original, tomada de un rango de ideas completamente diferente, no preguntándose cómo habían sucedido las cosas, sino más bien en qué se diferenciaban de todo lo ocurrido hasta el presente. El dinero, que permanecía intacto en el apartamento, demuestra por otra parte que el robo no ha sido el móvil del crimen.

Es entonces que Dupin llama la atención de Poe sobre un hecho que había pasado desapercibido en las declaraciones, y en el cual se muestra todo el genio del novelista americano

Los testigos, que acudieron en el momento del crimen, habían escuchado dos voces distintas. Todos reconocieron que una de ellas pertenecía a un francés; no había dudas al respecto, pero en cuanto a la otra, una voz aguda, una voz áspera, había un gran desacuerdo entre los testigos que eran de diferentes naciones.

"Este - dice Dupin -, constituye el detalle de la evidencia. Cada uno de ellos está seguro de que no se trata de la voz de un compatriota. Cada uno la vincula no a la voz de una persona perteneciente a una nación cuyo idioma conoce, sino a la inversa. El francés supone que era la voz de un español, y agrega que podría haber distinguido algunas palabras si hubiera sabido español. El holandés sostiene que se trata de un francés; pero nos enteramos de que como no habla francés, testimonió mediante un interprete. El inglés piensa que se trata de la voz de un alemán, pero el testigo no comprende el alemán. El español está seguro de que se trata de un inglés, pero juzga basándose en la entonación, ya que no comprende el inglés. El italiano cree que es la voz de un ruso, pero nunca habló con un nativo de Rusia. Un segundo testigo francés, difiere del primero y está seguro de que se trata de la voz de un italiano. No esta familiarizado con la lengua italiana, pero al igual que el español está convencido por la entonación. Ahora bien: ¡cuán extrañamente insólita tiene que haber sido esa voz para que pudieran reunirse semejantes testimonios! ¡Una voz en cuyos tonos los ciudadanos de las cinco grandes divisiones de Europa no pudieron reconocer nada familiar! Me dirá usted que podía tratarse de la voz de un asiático o de un africano. Ni unos ni otros abundan en París, pero, sin negar esa posibilidad, me limitaré a llamarle la atención sobre tres puntos. Un testigo califica la voz de áspera, más que aguda. Otros dos señalan que era precipitada y desigual. Ninguno de los testigos se refirió a palabras reconocibles, a sonidos que parecieran palabras."

Dupin continúa y le recuerda a Poe los detalles del crimen, la fuerza física que debía haber exigido, puesto que los mechones de cabello canoso habían sido arrancados de la cabeza de la anciana, y ustedes saben "qué prodigiosa fuerza hay que ejercer para arrancar apenas veinte o treinta cabellos al mismo tiempo"; destaca la agilidad que se requería para subirse en la varilla del pararrayos, la brutal ferocidad desplegada en el

asesinato, "algo grotesco, horrible, absolutamente ajeno a lo humano", y además "una voz de tono extranjero para los oídos de hombres de diferentes nacionalidades y privada de todo silabeo inteligible.

"Sin embargo, para usted, - preguntó Dupin a su compañero -, ¿Qué resultado hemos obtenido? ¿Qué impresión he producido en su imaginación?"

¡Lo confieso, al llegar a este punto del libro, comencé, tal y como le sucedió al interlocutor de Dupin, a sentir un escalofrío que corría por mi cuerpo! ¡Vean como el asombroso novelista se apodera de ustedes! ¿Es él el dueño de vuestra imaginación? ¿Se apodera de ustedes durante las emociones de su narración? ¿Presienten quién es el autor de este extraordinario crimen?

Por mi cuenta, yo lo había adivinado todo. Ustedes también, han comprendido. Sin embargo terminaré brevemente citándoles algunas líneas que Dupin había hecho publicar la víspera en el periódico El mundo, un diario consagrado a cuestiones marítimas y muy leído por los marineros.

"CAPTURADO. En el *Bois de Boulogne* en la mañana del... (la mañana del asesinato), se ha capturado un gran orangután leonado de la especie de Borneo. Su dueño (de quien se sabe que era un marinero perteneciente a un barco maltés) puede reclamarlo, previa identificación satisfactoria y pago de los gastos resultantes de su captura y cuidado. Presentarse al número ..., calle ..., Suburbio *Saint-Germain* ...., tercer piso".

Dupin había deducido la calidad de maltés de la punta de una cinta recogida al pie de la varilla del pararrayos, la cual estaba anudada con un nudo que solo saben hacer los marineros de Malta; en cuanto al individuo personalmente, su voz y sus palabras se parecían a la de un francés, según las declaraciones de todos los testigos. Seducido por el anuncio que no establecía ninguna conexión entre la huida del orangután y el crimen, el hombre no dejaría de presentarse.

Se presentó, en efecto; era un marinero "grande, robusto y musculoso, con una expresión de audacia de todos los diablos"; después de algunas vacilaciones, lo reconoció todo. El mono se había escapado de casa, al tiempo que le arrebataba la navaja, con la cual se estaba afeitando la barba en ese momento. El marinero, asustado, había seguido al animal; éste en su frenética fuga, llegó a la calle Morgue, encontró la varilla del pararrayos, por la cual subió ágilmente. Su dueño lo imitó; el mono encontró una ventana abierta y se precipitó a través de ella hacia el interior del apartamento de las desgraciadas mujeres. El resto es conocido. El marinero asistió al drama sin poderlo evitar, llamando al mono y gritando; luego, habiendo perdido la cabeza, se dio a la fuga, seguido por el animal, que, cerrando la ventana de una patada, se deslizó hacia la calle y desapareció a su vez.

Hasta aquí esta extraña historia y su verdadera explicación. Se ve qué maravillosas cualidades del autor ella ha puesto en evidencia. Tiene tal aire de verdad, que a veces uno cree estar leyendo un acta de acusación tomada por completo de la "Gaceta de los Tribunales".

---

1. Título original: *The murders in the Rue Morgue*. Publicado en *Graham's Lady's and Gentleman's Magazin*e, en diciembre de 1841. Cronológicamente, fue el vigésimo octavo cuento publicado. Este memorable relato inicia la serie de cuentos del famoso detective Dupin, nombre que al decir de muchos parece haber sido tomado de la heroína de un relato publicado en el *Burton's Gentleman's Magazin*e. La capacidad analítica del detective lo lleva a resolver un misterioso caso de asesinato, que había dejado perplejos a los agentes de la policía.

2. Título original: *The purloined lette*r. Publicado en *The gift: A Christmas, new year's and birthday presen*t, de Nueva York, en el año 1845. Cronológicamente, fue el quincuagésimo tercer cuento publicado. Otro caso a resolver por el detective preferido de Poe, el señor Dupin, quien nuevamente hace gala de su poder analítico y logra recuperar una comprometedora carta que había sido robada.

3. Título original: *The gold bug*. Publicado en *Dollar Newspaper* , entre el 21 y 28 de junio de 1843. Cronológicamente, fue el cuadragésimo cuento publicado. Poe vendió este cuento por 52 dólares al editor Graham. Enterado luego que el *Dollar Newspaper* ofrecía cien dólares al ganador de un concurso, lo permutó por unas reseñas y ganó el premio. Probablemente sea hoy el cuento más popular de Poe, pues la enorme latitud de su interés abarca todas las edades y niveles mentales. Existe abundante bibliografía sobre este cuento y no faltan quienes han reconstruido el misterioso escarabajo.

Capítulo II

La carta robada - La turbación de un prefecto de policía - Medios para ganar siempre en el juego de par o impar - Victorien Sardou - El escarabajo de oro - La calavera - La lectura asombrosa de un documento indescifrable

Edgard Poe no iba a abandonar a este curioso personaje de Auguste Dupin, el hombre de las deducciones profundas; lo volvemos a encontrar en **La carta robada**. La historia es simple; una carta comprometedora ha sido substraída por un ministro a una personalidad política. Este ministro D... puede hacer un uso maléfico de este documento, por lo cual se hace necesario recuperarlo a cualquier precio. El prefecto de la policía ha sido encargado con esta difícil misión. Se conoce que la carta siempre permanecía en la posesión inmediata de D.... Durante su ausencia, los agentes de la policía habían buscado el documento en su casa, habían revisado cuarto por cuarto, examinado el mobiliario de cada apartamento, abierto todos los cajones, investigado todos "los secretos", atravesado todas las sillas con largas y finas agujas, levantado las tablas de las mesas, desmontado las tablas de la cama, examinado las junturas de todos los muebles, buscado en las cortinas, las alfombras y los marcos de los espejos. Para abreviar la totalidad de la superficie de la casa ha sido dividida en compartimentos numerados; cada pulgada cuadrada ha sido revisada con un microscopio, y la quincuagésima parte de una línea no ha podido escapar a este examen, ni en la casa del ministro, ni en las casas adyacentes. En caso de que D... hubiese llevado consigo la

comprometedora carta, el prefecto de la policía le ha hecho detener dos veces para robarle, valiéndose de falsos ladrones. No se encontró nada.

El prefecto, descorazonado, fue a encontrarse con Dupin y le contó todo lo referente al caso. Dupin le aconsejó que continuara las investigaciones. Un mes después, el prefecto le hacía una segunda visita a Dupin; no se veía muy feliz.

"Yo daría cincuenta mil francos, dijo el prefecto, a quienquiera me consiguiese la carta.

"- En ese caso - replicó Dupin, abriendo un cajón y sacando una libreta de cheques -, bien puede usted llenarme un cheque por la suma mencionada. Cuando lo haya firmado le entregaré la carta.

Y él le devolvió el precioso documento al prefecto de policía, provocando gran estupefacción en este último, que se marchó precipitadamente; después de su partida, Dupin le hizo saber a Poe cómo se había hecho poseedor de la carta; y para mostrarle que los medios a emplear debían variar según la persona con la cual uno tiene que luchar, le contó lo siguiente:

"Conocí a un niño de ocho años cuyos triunfos en el juego de "par e impar" atraían la admiración general. Tenía un método de adivinación que consistía en la simple observación y en el cálculo de la astucia de sus adversarios. Supongamos que uno de estos sea un perfecto tonto y que, levantando la mano cerrada, le pregunta: "¿Par o impar?" Nuestro colegial responde: "Impar", y pierde, pero a la segunda vez gana, por cuanto se ha dicho a sí mismo: "El tonto tenía pares la primera vez, y su astucia no va más allá de preparar impares para la segunda vez. Por lo tanto, diré impar" Lo dice, y gana."

"Ahora bien, si le toca jugar con un tonto ligeramente superior al anterior, razonará de la siguiente forma: "Este muchacho sabe que la primera vez elegí impar, y en la segunda, se le ocurrirá como primer impulso pasar de par a impar, pero entonces un nuevo impulso le sugerirá que la variación

es demasiado sencilla, y finalmente se decidirá a poner bolitas pares como la primera vez. Por lo tanto diré pares". Así lo hace, y gana.

Apoyándose en este principio, Dupin entonces ha comenzado por reconocer al ministro D..., aprendió que él era a la vez poeta y matemático.

"Como poeta y matemático - dice él -, es capaz de razonar bien, en tanto que como mero matemático hubiera sido incapaz de hacerlo y habría quedado a merced del prefecto."

Esto es muy profundo, mis estimados lectores; el matemático se las habría ingeniado para inventar un escondite, pero el poeta tenía que tomar otro camino, optando por la simplicidad. Hay objetos que escapan a la vista humana por ser de una excesiva evidencia. De este modo, en los mapas geográficos, las palabras resaltadas con caracteres gruesos, que se extienden de una punta a otra del mapa, son menos obvias que aquellas que son escritas con caracteres finos y casi imperceptibles. D... tenía entonces que buscar la forma de despistar a los agentes de la policía por medio de la propia sencillez de sus combinaciones.

Esto fue lo que Dupin comprendió; él conocía a D..., tenía un facsímil de la carta de marras; partió hacia la casa del ministro, y la primera cosa que vio en su oficina fue aquella carta que no se había podido encontrar, completamente en evidencia; el poeta había comprendido que el mejor medio de substraerse a las investigaciones era no esconderla en absoluto. Dupin se apoderó fácilmente de ella, sustituyéndola con un facsímil, y la carta fue recuperada. Allí donde los investigadores fallaron, un simple razonador tuvo éxito y sin dificultad.

Este cuento es encantador y lleno de interés. En él se ha basado el señor Victorien Sardou, para hacer una pieza maravillosa llamada *Les pattes de mouche*, de la cual seguramente ustedes han oído hablar, y que ha tenido uno de los más grandes éxitos en el *Gymnase*.

He llegado a El escarabajo de oro, y aquí el héroe de Edgard Poe va a hacer gala de una sagacidad poco común; me veré obligado a mencionar

un gran fragmento de esta historia; pero ustedes no se quejarán, y lo releerán más una vez, se los aseguro.

Poe había trabado íntima amistad con un señor llamado William Legrand, quien, perseguido por una serie de infortunios, se había marchado de Nueva Orleans y se había ido a establecer cerca de Charleston, en la Carolina del Sur, en la isla de Sullivan, compuesta solamente por tres millas de arena de mar, de apenas un cuarto de milla de ancho. Legrand era de un carácter misántropo, sujeto a las alternativas del entusiasmo y la melancolía; se creía que su cabeza estaba un poco desequilibrada, y sus padres habían puesto a su servicio a un viejo negro que respondía al nombre de Júpiter.

Ya lo ven, este Legrand, este amigo de Poe, será nuevamente un personaje excepcional, de un temperamento fácilmente sobreexcitable, y sujeto a crisis.

Un día, Poe fue a devolverle la visita; lo halló en uno de sus ataques de entusiasmo; Legrand, que coleccionaba conchas y especies entomológicas, acababa de descubrir un escarabajo de una extraña especie. Ustedes esperaban esta palabra, ¿verdad? Legrand no tenía el animal consigo en ese momento; se lo había prestado a uno de sus amigos, el teniente G..., residente del fuerte Moultrie.

Júpiter confesó que nunca había visto un escarabajo similar; era de un color brillante, parecido al oro y su peso era considerable. El negro no dudaba que fuera oro macizo. Legrand quiso dar a su amigo un dibujo del animal; buscó un pedazo de papel, y, al no encontrar ninguno, extrajo del bolsillo del chaleco un viejo pedazo de pergamino, sumamente sucio, sobre el cual procedió a dibujar al animal. Pero, qué cosa tan extraña, cuando había terminado de dibujar y le había pasado el pergamino a Poe, éste no vio allí ningún escarabajo, sino el diseño netamente trazado de una calavera. Poe le hizo una observación acerca del dibujo. William no quiso admitirlo; pero luego de una ligera discusión, Legrand reconoció que su pluma había pintado un cráneo perfectamente reconocible. Tomó su papel malhumorado, lo volvió a mirar, lo examinó pensativamente, y

finalmente lo guardó en el escritorio de su cuarto. Hablaron de otra cosa, y Poe se retiró, sin que Legrand hiciera el más mínimo esfuerzo por retenerlo.

Un mes después, Poe recibió la visita del negro, Éste, que estaba muy inquieto, había venido a hablarle sobre el estado enfermizo en que se hallaba su amo, que se había vuelto taciturno, pálido y débil; él atribuía este cambio a este incidente: William habría sido mordido por su escarabajo. Después de esto, todas las noches soñaba con oro. Júpiter había traído una carta de William, en la cual le pedía a Poe que fuera a visitarlo.

"¡Venga! ¡Venga! - dijo él -. Quiero verlo esta noche, por un asunto importante. Le aseguro que es de la más alta importancia"

Vean ustedes cómo la acción se complica, y de qué interés singular debe ser esta historia. Un monomaníaco que sueña con oro por haber sido mordido por un escarabajo.

Poe acompañó al negro, y al llegar al bote que debería llevarlos hacía su destino, Poe vio en el fondo del bote una guadaña y tres palas, las cuales habían sido compradas por orden de William. Esta adquisición lo asombró. Llegó a la isla hacia las tres de la tarde. Legrand lo esperaba con impaciencia, y le estrechó la mano nerviosamente. "Estaba pálido, hasta parecer un espectro, y sus profundos ojos brillaban con un resplandor anormal."

Poe le preguntó acerca del escarabajo. William le contestó que este escarabajo estaba destinado a hacer su fortuna, y que usándolo apropiadamente llegarían hasta oro del cual era el indicio.

Al mismo tiempo, le mostró el notable y desconocido animal para los naturalistas de la época; llevaba, en un extremo del dorso dos manchas negras y redondas, y en el otro una mancha de forma alargada. Sus élitros eran extremadamente duros y relucientes, y tenían efectivamente la apariencia del oro bruñido.

"Lo he mandado llamar - le dijo William a Poe -, para gozar de su consejo y su ayuda en el cumplimiento de las decisiones del destino y del escarabajo."

Poe interrumpió a William y le tomó el pulso; no encontró el síntoma más ligero de fiebre; él quiso desviar el curso de sus ideas; no obstante, William le anunciaba su intención formal de hacer, esa noche misma, una excursión a las colinas, excursión en la que el escarabajo tenía que jugar un gran papel. Poe sólo tenía que seguirlo, junto a Júpiter.

Los tres partieron; cruzaron la caleta que separaba la isla de la tierra firme, y la pequeña tropa franqueó los montañosos terrenos de la rivera, avanzaron a través de un país completamente salvaje y desolado. Al caer la tarde, llegaron a una región siniestra, donde abundaban profundos precipicios. Sobre una estrecha plataforma se elevaba un tulípero salvaje en medio de ocho o diez robles. William le dio la orden a Júpiter de subir al árbol, llevando el escarabajo atado a uno de los extremos de una larga cuerda; a pesar de sus repugnancias y bajo las violentas amenazas de William, Júpiter obedeció y llegó a la bifurcación más alta del árbol, a setenta pies de la tierra.

Entonces William le ordenó que siguiera la rama más gruesa de ese lado; pronto Júpiter desapareció entre el follaje; después de haber pasado siete ramas, su amo le ordenó que avanzara por esta séptima rama tanto como le fuera posible, y que le dijera si veía algo singular. Después de vacilar, debido a que la madera parecía estar podrida, Júpiter, incitado por la promesa de un dólar de plata, llegó a la extremidad de la rama.

"¡Ooooh...! - exclamó -, ¡Dios me proteja...! ¿Qué es esto que hay en el árbol?

- ¡Y bien! - gritó Legrand en el colmo del júbilo -. ¿Qué es lo que hay?"

Júpiter estaba en presencia de un cráneo retenido por una gruesa puntilla y descarnado por el pico de los cuervos. William le ordenó que pasara por el ojo izquierdo del cráneo la cuerda que sostenía al escarabajo, dejándolo colgar en dirección a la tierra.

Júpiter obedeció, y algunos instantes después, el animal se mecía a algunas pulgadas de la tierra. William despejó el terreno, hizo que el escarabajo cayera a tierra, y clavó una estaca de madera en el lugar exacto donde había caído. Entonces, extrajo una cinta para medir de su bolsillo y fijó un extremo en la parte del árbol más cercana a la estaca, desenrolló la cinta a una distancia de cincuenta pies, siguiendo la dirección establecida entre el árbol y la estaca. En el sitio alcanzado, fijó una segunda estaca a la extremidad de la cinta, y tomándola por centro, trazó un tosco círculo de unos cuatro pies de diámetro, y, con la ayuda de Poe y de Júpiter, comenzaron a cavar en la tierra; el trabajo continuó durante dos horas y ninguna indicación de tesoro aparecía. William estaba desconcertado. Sin decir mucho, Júpiter recogió las herramientas, y la pequeña tropa comenzó a caminar hacia el este.

Habían caminado apenas doce pasos, cuando Legrand se precipitó sobre Júpiter.

"¡Tunante! - gritó Legrand, haciendo silbar la palabra entre sus dientes -... ¿Cuál es tu ojo izquierdo?..."

El pobre negro indicó con la mano su ojo derecho

"Me lo imaginé - exclamó Legrand -... ¡Vamos! ¡vamos! es necesario recomenzar."

En efecto, el negro había estado equivocado, y había hecho pasar la cuerda con el escarabajo por el ojo derecho, en lugar del ojo izquierdo. La operación se reinició; la primera estaca fue clavada algunas pulgadas más al oeste, y al desenrollar la cinta se marcó un nuevo punto distante varias yardas del lugar excavado previamente.

El trabajo fue retomado. Pronto aparecieron restos de esqueletos, botones metálicos, y algunas piezas de oro y de plata, y finalmente, un cofre de madera de forma oblonga, asegurado por bandas remachadas de hierro forjado; la tapa estaba sujeta por dos pasadores que William, jadeando de ansiedad, hizo correr rápidamente.

El cofre estaba lleno de incalculables tesoros: cuatrocientos cincuenta mil dólares en monedas francesas, españolas, alemanas e inglesas, ciento diez diamantes, dieciocho rubíes, trescientas diez esmeraldas, veintiún zafiros y un ópalo, una cantidad enorme de ornamento en oro macizo. Había además anillos, aros y cadenas; ochenta y cinco crucifijos de oro, cinco incensarios, ciento noventa y siete relojes de oro, todo por un valor de un millón y medio de dólares.

Todo estas riquezas fueron transportadas poco a poco a la cabaña de Legrand. Poe se moría de impaciencia por saber cómo le había llegado a su amigo el conocimiento de la existencia de este tesoro. Acto seguido, William comenzó a contar.

La narración anterior no puede dar al lector más que una idea imperfecta del estilo del novelista; no he podido describirles la excitación enfermiza de William durante esa noche; este descubrimiento de un tesoro es más o menos similar a todos los descubrimientos de este tipo que ustedes han podido leer; con la excepción de la entrada en escena del escarabajo y el cráneo, no hay nada fuera de lo común. Pero llegamos, ahora, a la parte pintoresca y singular del cuento, donde comenzamos a describir la serie de deducciones que llevaron a William al descubrimiento del tesoro.

Empezó recordándole a su amigo aquel tosco boceto que realizara del escarabajo hecho en su primera visita, el cual resultó ser la representación de una calavera. El dibujo había sido hecho en un pedazo de pergamino muy delgado.

Le contó en qué circunstancias había encontrado dicho pergamino; fue en el extremo de la isla, cerca de los restos de un barco naufragado, el mismo día que descubrió el escarabajo, el cual envolvió en ese pedazo de papel.

Los restos encontrados llamaron su atención, y recordó que el cráneo o la calavera es el bien conocido emblema de los piratas. Ya eran dos los eslabones de una gran cadena.

¿Pero si este cráneo no existía en el pergamino en el momento en que William dibujó el escarabajo, entonces cómo se explica que la figura

apareciera cuando éste le extendió el papel a Poe? Es en el momento que éste último se disponía a examinar el dibujo, cuando el perro de William saltaba sobre Poe para jugar. Es entonces cuando Poe separó su mano y acercó el pergamino al fuego, y el calor de la llama, debido a una preparación química, hizo que apareciera ante sus ojos un dibujo invisible.

Luego de la partida de su amigo, William tomó el pergamino, lo sometió a la acción del calor, y vio aparecer en una esquina del papel, en la esquina diagonalmente opuesta a donde estaba reflejada la calavera, una figura que representaba a un cabrito.

¿Pero qué relación existe entre los piratas y un cabrito? Aquí está. Existió una vez un cierto capitán Kidd[4] (kid, en inglés, significa cabrito) del cual se hablaba mucho. ¿Por qué este dibujo no sería su firma jeroglífica, mientras que la calavera remplazaba el uso del sello o la estampilla? William fue pues inducido naturalmente a buscar una carta entre el sello y la firma.

Pero el texto parecía faltar por completo.

Sin embargo, las historias de Kidd regresaron a su cabeza; recordó que el capitán y sus secuaces habían enterrado enormes sumas, provenientes de su piratería, en algún punto de la costa del Atlántico. El tesoro debía permanecer aún sin ser descubierto, porque, de lo contrario, los rumores actuales, no hubieran tomado forma. Ahora bien, William llegó a la convicción de que el pergamino contenía la indicación del lugar donde se hallaba depositado.

Limpió el pergamino con cuidado, lo colocó en una olla, que puso sobre brazas de carbón. Luego de algunos minutos notó que la tira del pergamino aparecía manchada en muchos lugares con algunos signos que parecían ser números trazados en hilera. William volvió a calentarlo, y pronto vio toda una serie de toscos caracteres trazados en rojo. Al decirle esto, William le extendió a Poe el pergamino, que contenía las líneas siguientes:

53‡‡†305))6*;4826)4‡.)4‡);806*;48†8¶60))85;1‡(;:‡*8†83(88)5*†;46(;88*96*;8)*‡(;485);5

†2:‡ (;4956*2(5*—
4)8¶8*;4069285);)6†8)4‡‡;1(‡9;48081;8:8‡1;48†85;4)485†528806
*81(‡9;48;(88;4(‡?34; 48)4‡;161;:188;‡?;

Poe, al ver esta sucesión de números, de puntos, de trazos, de puntos y comas, de paréntesis, declaró que no entendía aún. Ustedes habrían dicho como él, estimados lectores; pero el novelista va a desenredar este caos con una lógica admirable. Síganlo, pues ésta es la parte más ingeniosa del cuento.

La primera cuestión a esclarecer era el idioma que se escondía tras aquellos caracteres; pero aquí el juego de palabras originado sobre la palabra Kidd indicaba evidentemente la lengua inglesa, ya que no era posible otra lengua.

Ahora le cedo la palabra a William.

"Notará usted - dijo- que entre las palabras no hay espacios. De no ser así el trabajo hubiera resultado comparativamente sencillo. Me hubiese bastado empezar por un cotejo y un análisis de las palabras más breves; apenas hallada una palabra de una solo letra, como *a* o *I* (uno, yo), por ejemplo, habría considerado obtenida la solución. Pero como no había espacios, mi primera tarea consistió en establecer las letras predominantes, así como las más raras. Luego de contarlas, preparé la siguiente tabla:

El signo	8	aparece	33	veces
"	;	"	26	"
"	4	"	19	"
"	‡)	"	16	"
"	*	"	13	"
"	5	"	12	"
"	6	"	11	"

"	(	"	10 "
"	†1	"	8 "
"	0	"	6 "
"	92	"	5 "
"	:3	"	4 "
"	?	"	3 "
"	¶	"	2 "
"	—	"	1 "

"Ahora bien, la letra que aparece con mayor frecuencia en inglés es *e*. Las restantes letras se suceden en el siguiente orden: *a o i d h n r s t u y c f g l m w b k p q x z*. La *e* predomina de tal manera, que es raro encontrar una frase de cualquier extensión donde no figure como letra dominante.

"Tenemos, pues, algo más que una mera suposición para comenzar. Puesto que el signo predominante es *8*, empezaremos por suponer que se trata de la *e* del alfabeto natural. Para verificar esta suposición observemos si el *8* aparece con frecuencia en parejas, ya que la *e* se dobla muchas veces en inglés: vayan como ejemplo las palabras *meet*, *fleet*, *speed*, *seen*, *been*, *agree*, etc. En nuestra cifra vemos que no aparece doblada menos de cinco veces, a pesar de que se trata de un criptograma breve.

"Consideremos, pues que el *8* es la *e*. Ahora bien, de todas las palabras inglesas, *the* es la más usual, fijémonos entonces si no existen repeticiones de tres signos colocados en el mismo orden, el último de los cuales sea *8*. Si descubrimos repeticiones de este tipo, lo más probable es que representen la palabra *the*. Basta mirar el pergamino para reparar en que hay no menos de siete de estas series: los signos son *;48*. Cabe, pues suponer que *;* representa la *t*, *4* la *h*, y *8* la *e*, confirmándose así el valor de este último signo. De tal manera, hemos dado un gran paso adelante.

"Solo hemos determinado una palabra; pero esto nos permite fijar algo muy importante, es decir el comienzo y las terminaciones de varias otras

palabras. Tomemos, por ejemplo, la combinación *;48* en su penúltima aparición, casi al final de la cifra. Sabemos que el signo *;* que aparece de inmediato, representa el comienzo de una palabra, y además, conocemos cinco de los signos que aparecen después de *the*. Escribamos, pues, las equivalencias que conocemos, dejando un espacio para lo que ignoramos:

t eeth

"Por lo pronto podemos afirmar que la porción *th* no constituye una parte de la primera letra que empieza con la primera *t*, ya que luego de probar todo el alfabeto a fin de adaptar una letra al espacio libre, convenimos en que es imposible formar una palabra de la cual dicho *th* sea una parte. Nos quedamos, pues, con

t ee,

y, ensayando otra vez el alfabeto, llegamos a la palabra *tree* (árbol) como única posibilidad. Ganamos así otra letra, la *r* representada por *(*, y dos palabras yuxtapuestas, *the tree* (el árbol).

"Si miramos algo después de estas palabras, volvemos a encontrar la combinación *;48*, que empleamos como terminación de lo que precede inmediatamente. Tenemos así:

the tree ;4(‡?34 the,

o, sustituyendo los signos por las letras correspondientes que conocemos,

the tree thr‡?3h the

"Si ahora en el lugar de los signos desconocidos, dejamos espacios o puntos suspensivos, leeremos:

the tree thr...h the

y la palabra *through* (por, a través) se pone de manifiesto por si misma. Pero este descubrimiento nos proporciona tres nuevas letras, *o*, *u* y *g*, representadas por ‡, *?* y *3*.

"Examinando con cuidado el manuscrito para buscar combinaciones de caracteres ya conocidos, encontramos no lejos del comienzo la siguiente serie:

83(88, o sea *egree*,

que evidentemente, es la conclusión de la palabra *degree* (grado), y que nos da otra letra, *d*, representada por †.

"Cuatro letras después de la palabra *degree* vemos la combinación

;46(;88,

Traduciendo los caracteres conocidos y representando por puntos los desconocidos, tenemos:

th.rtee.

combinación que sugiere inmediatamente la palabra *thirteen* (trece), y que nos da dos nuevos caracteres: *i* y *n*, representados por *6* y ***.

"Observando ahora el comienzo del criptograma, vemos la combinación

53‡‡†

"Traducida nos da *good* lo cual nos asegura que la primera letra es *A*, y que las dos primeras palabras deben leerse: *A good* (un buen, una buena)

"Ya es tiempo que pongamos nuestra clave en forma de tabla para evitar confusión. Hasta donde la conocemos es la siguiente:

5 significa a
† " d

8	"	e
3	"	g
4	"	h
6	"	i
*	"	n
‡	"	o
(	"	r
;	"	t
?	"	u

"Tenemos, pues las equivalencias de diez de las letras más importantes, y resulta innecesario dar a usted más detalles de la solución... Solo me resta proporcionarle la traducción completa de los signos del pergamino. Hela aquí:

"Un buen vidrio en el hostal del obispo en la silla del diablo cuarenta y un grados trece minutos y nornordeste tronco principal séptima rama lado este tirad del ojo izquierdo de la cabeza del muerto una línea de abeja del árbol a través del tiro cincuenta pies afuera[5].

He aquí el criptograma descifrado y aconsejo a mis lectores volver a hacer todos los cálculos del novelista; así comprobarán la exactitud de los mismos. Pero ¿qué significaba toda esta jerga y cómo William pudo entenderla?

Primero intentó puntuar el documento; ahora bien, el escritor se había impuesto como regla escribir las palabras sin división alguna; pero, al no ser tan hábil, había amontonado los caracteres precisamente en lugares donde debía haber una interrupción. Noten bien esta reflexión, porque ella denota un profundo conocimiento de la naturaleza humana. Ahora bien, el manuscrito ofrecía cinco divisiones las cuales eran:

"Un buen vidrio en el hostal del obispo en la silla del diablo

"Cuarenta y un grados trece minutos

"Nornordeste tronco principal séptima rama lado este

"Tirad del ojo izquierdo de la cabeza del muerto

"Una línea de abeja del árbol a través del tiro cincuenta pies afuera

Ahora bien, esto es lo que Legrand deduce con una sagacidad suprema, después de haber realizado largas investigaciones:

Primeramente, descubrió que a cuatro millas al norte de la isla existía un viejo sitio llamado castillo de *Bessop*. Era un amontonamiento irregular de acantilados y rocas, de los cuales uno presentaba en su cima una cavidad llamada *La silla del diablo*. El resto se podía deducir: el "buen vidrio" significaba un telescopio, con el que se debía localizar el punto situado a los cuarenta y un grados, trece minutos del nornordeste. Al hacer la operación, William divisó un gran árbol a lo lejos, sobre el follaje brillaba un punto blanco, que era un cráneo humano.

El enigma estaba resuelto. William se dirigió hacia el árbol, reconoció el tallo principal y la séptima rama del lado este; comprendió que era necesario dejar caer una bala por el ojo izquierdo del cráneo, y que una "línea de abeja", o más bien una línea recta, llevada del tronco del árbol a través de la bala, a una distancia de cincuenta pies de largo, le indicaría el lugar preciso donde se encontraba enterrado el tesoro. Obedeciendo a su naturaleza fantástica, y queriendo engañar un poco a su amigo, reemplazó la bala por el escarabajo, y se convirtió en el poseedor de más de un millón de dólares.

Así es este cuento, curioso, asombroso, excitando el interés por medios desconocidos hasta entonces, lleno de observaciones y deducciones de la más alta lógica, y que, sólo, habría bastado para hacer famoso al novelista americano.

A mi parecer, es la más notable de todas sus **Historias Extraordinarias**, esa en la que se revela al máximo grado ese género literario que se le ha dado en llamar ahora, el género Poe.

---

4. Este pirata realmente existió. Cooper frecuentemente hace alusión a él en sus novelas

5. El contenido del texto original en inglés es: *A good glass in the bishop's hostel in the devil's seat forty-one degrees and thirteen minutes northeast and by north main branch seven limb east side shoot from the left eye of the death's-head a bee line from the tree through the shot fifty feet out*

Capítulo III

El camelo del globo - Las aventuras de un tal Hans Pfaall - Manuscrito hallado en una botella - Un descenso al Maelstrom. - La verdad en el caso del señor Valdemar - El gato negro - El hombre de la multitud - La caída de la casa Usher - La semana de los tres domingos.

Llego ahora a **El camelo del globo**[6]. En algunas líneas, les diré que la historia narra una travesía del Atlántico, realizada en tres días por ocho personas. La narración de este viaje apareció en el periódico *New York Sun*. Muchos creyeron en ella, sin duda los que no la habían leído aún, puesto que los medios mecánicos indicados por Poe, la rosca de Arquímedes, que sirve de propulsor y el timón, son completamente insuficientes para dirigir un globo. Los aeronautas, que parten de Inglaterra con la intención de llegar a París, son arrastrados hacia América hasta alcanzar la isla Sullivan; durante su travesía, se elevaron a una altura de veinticinco mil pies. El cuento es corto y reproduce los incidentes del viaje con más de rareza que de verdad.

Prefiero la historia titulada **La incomparable aventura de un tal Hans Pfaall**[7], de la cual les hablaré más extensamente. Pero, me apresuraré en decirles que, allí también, son transgredidas intrépidamente las leyes más elementales de la Física y la Mecánica; esto siempre me ha parecido extraño de parte de Poe, que, con algunas invenciones, hubiera podido

hacer su relato más creíble; después de todo, como se trata de un viaje a la Luna, no hay que mostrarse muy exigente con los medios de transporte. El tal Hans Pfaall era un delincuente demente, una especie de asesino soñador, que, para no pagar sus deudas, decidió huir hacia la Luna. Partió una bella mañana de la ciudad de Rotterdam, después de haber tenido la precaución de hacer volar a sus acreedores, valiéndose de una mina dispuesta a tal efecto.

Debo decir ahora cómo Pfaall llevó a cabo este viaje imposible. Para tal efecto, llenó su globo de un gas inventado por él, que era el resultado de la combinación de una cierta substancia metálica o semimetálica y de un ácido muy común. Este gas es una de las partes constituyentes del nitrógeno, considerado hasta entonces como irreducible, y su densidad es treinta y siete veces menor que la del hidrógeno. Por tanto, hemos llegado aquí, físicamente hablando, al dominio de la fantasía; pero esto no es todo.

Ustedes conocen que es la presión del aire la que hace que un aerostato se eleve. Al llegar a los límites superiores de la atmósfera, a seis mil toesas aproximadamente, si pudiera llegar hasta allí, se detendría en seco, y ninguna fuerza humana podría hacerlo ir más allá; es entonces que Pfaall, o más bien el propio Poe, comienza una de sus raras disertaciones para demostrar que más allá de las capas de aire, existe aún un medio etéreo. Estas disertaciones se hacen con un aplomo notable, y se dan argumentos de hechos muy falsos con el rigor más ilógico; en fin, se arriba a la conclusión de que había una gran probabilidad "de que en ningún momento de su ascenso alcanzara un punto donde los pesos unidos de su inmenso globo, el gas inconcebiblemente rarificado que lo llenaba, la barquilla y su contenido lograran igualar el peso de la masa atmosférica desplazada por el aerostato"

He aquí el punto de partida; pero no es suficiente. En efecto, subir, subir siempre está bien; pero respirar es también necesario. Pfaall lleva además un cierto aparato destinado a condensar la atmósfera, por enrarecida que ella esté, en cantidad suficiente como para poder respirar.

De manera que tenemos aquí un aire que será necesario condensar para proveer a los pulmones, y que, sin embargo, en su estado natural, será no obstante lo suficientemente denso para elevar el globo. Entienden ustedes la contradicción de estos hechos. No insisto más.

Por otra parte, una vez admitido el punto de partida, el viaje de Pfaall es maravilloso, lleno de inesperados comentarios, de singulares observaciones; el aeronauta arrastra al lector con él, hacia las altas regiones del aire; cruza rápidamente una nube de tormenta; a una altura de nueve millas y media, siente que sus ojos, que la presión atmosférica no puede mantener, se le escapan fuera de sus órbitas, y que los objetos contenidos en la barquilla se presentan bajo una forma monstruosa y falsa; se eleva siempre; le sobreviene un espasmo; se ve obligado a hacerse una sangría con su cortaplumas, la cual le proporciona un alivio inmediato.

"A una altura de diecisiete millas - dice Pfaall -, el panorama que ofrecía la Tierra era magnífico. Hacia el oeste, el norte y el sur, hasta donde alcanzaban mis ojos, se extendía la superficie ilimitada de un océano en aparente calma, que por momentos iba adquiriendo una tonalidad más y más azul. A grandísima distancia, hacia el este, aunque discernibles con toda claridad, veíanse las Islas Británicas, la costa atlántica de Francia y España, con una pequeña porción de la parte septentrional del continente africano. Era imposible advertir la menor señal de edificios aislados y las más orgullosas ciudades de la humanidad se habían borrado completamente de la faz de la Tierra"

Pronto Pfaall alcanza una altitud de veinticinco millas, y su mirada contempla no menos de la trescientas veintava parte de la superficie de la Tierra; instala su aparato de condensación; se encierra, él y toda la barquilla, en una cámara de caucho; condensa la atmósfera a su alrededor, e inventa un dispositivo ingenioso, que, por medio de las gotas de agua que caen sobre su frente, lo despierta una vez por hora, de manera que pudiera renovar el aire viciado acumulado en este estrecho espacio.

Día por día, lleva el diario de su viaje. Había partido el primero de abril; el seis, se encuentra en el Polo, observa los inmensos témpanos de hielo, y ve como el horizonte se amplía súbitamente, debido al achatamiento de Tierra. El siete, estima su altura en 7.254 millas, y tiene bajo sus ojos la totalidad del diámetro mayor de la Tierra, con el ecuador como límite del horizonte.

Entonces su planeta nativo comienza a disminuir día a día; pero no puede ver la Luna que está casi en su cenit, que el globo le oculta. El quince, un ruido aterrador lo sumerge en el estupor; supone que un inmenso meteorito se ha cruzado en su camino. El diecisiete, al mirar hacia abajo, fue presa de un terror inmenso; el diámetro de la Tierra aparecía súbitamente aumentado en una inmensa proporción. ¿Había reventado su globo? ¿Caía con la más impetuosa e incalculable velocidad? Sus rodillas temblaron, sus dientes castañeteaban, el pelo se le erizaba... Pero la reflexión vino en su ayuda, y júzguese su alegría, cuando comprendió que ese astro extendido bajo sus pies, y hacia el cual descendía rápidamente, era la Luna en toda su gloria.

Mientras dormía, el globo había invertido su posición, y descendía entonces hacia el brillante satélite cuyas montañas proyectaban masas volcánicas en todas direcciones.

El diecinueve de abril, contrariamente a los descubrimientos modernos, que prueban la ausencia completa de atmósfera alrededor de la Luna, Pfaall notó que el aire se tornaba cada vez más denso; el trabajo del condensador disminuyó considerablemente; incluso pudo quitar su prisión de caucho. Pronto notó que comenzaba a caer con una velocidad terrible; lanzó rápidamente su lastre y todos los objetos que contenía la barquilla, y por fin llegó "como una bala al corazón mismo de una ciudad de un aspecto fantástico, en el centro de una enorme multitud de pequeños y feísimos seres que no pronunciaron una sílaba, ni se preocuparon en lo más mínimo por auxiliarle"

El viaje había durado diecinueve días, Pfaall había franqueado una distancia aproximada de 231.920 millas. Mientras miraba la Tierra, la veía

"como un enorme y sombrío escudo de bronce, de dos grados de diámetro, inmóvil en el cielo y guarnecida en uno de sus bordes con una medialuna del oro más brillante. Imposible descubrir la más leve señal de continentes o mares; el globo aparecía lleno de manchas variables, y se advertían, como si fuesen fajas, las zonas tropicales y ecuatoriales"

Terminaba así la extraña narración de Hans Pfaall. ¿Cómo llegó esta narración al burgomaestre de Rotterdam, Mynheer Superbus von Underduck? Por un habitante de la Luna, ni más ni menos, un mensajero del mismísimo Hans, que pedía regresar a la Tierra; a cambio del indulto se comprometía a relatar sus curiosas observaciones en el nuevo planeta "sobre sus maravillosas alternancias de calor y frío, de la ardiente y despiadada luz solar que dura una quincena, y la frigidez más que polar que domina en la siguiente, del constante traspaso de humedad, por destilación semejante a la que se practica al vacío, desde el punto situado debajo del sol al punto más alejado del mismo, de los habitantes en sí; de sus maneras, costumbres e instituciones políticas, de su peculiar constitución física, de su fealdad, de su falta de orejas, apéndices inútiles en una atmósfera a tal punto modificada; de su consiguiente ignorancia del uso y las propiedades del lenguaje; de sus ingeniosos medios de intercomunicación que reemplaza la palabra; de la incomprensible conexión entre cada individuo de la Luna con algún individuo de la Tierra, conexión análoga y sometida a la de las esferas del planeta y el satélite, y por medio de la cual la vida y los destinos de los habitantes de la otra, y por sobre todo, de los negros y horrendos misterios existentes en las regiones exteriores de la Luna, regiones que, debido a la casi milagrosa concordancia de la rotación del satélite sobre su eje con su revolución sideral en torno a la Tierra, jamas han sido expuestas, y nunca lo serán, si Dios quiere, al escrutinio de los telescopios humanos."

¡Piensen en todo esto, queridos lectores, y vean qué magníficas páginas Edgar Poe hubiese escrito sobre estos extraños hechos! Él prefirió detenerse allí, e incluso termina su cuento, demostrando que la narración no podía ser otra cosa que un infundio. Por tanto, él echa de menos, y nosotros lo echaremos de menos juntos, esta historia etnográfica, física y moral de la Luna, que hasta el día de hoy aún queda por hacer. Hasta que

alguien más inspirado o más audaz emprenda esta aventura, es necesario renunciar a conocer la organización especial de los habitantes de la Luna, la manera en que se comunican entre ellos, incluso con la ausencia de la palabra, y sobre todo la correlación que existe entre nosotros y los co-seres de nuestro satélite. Me gusta la idea de que, viendo la situación inferior de su planeta, ellos al menos serán buenos para convertirse en nuestros sirvientes.

Dije que Edgard Poe había sacado efectos variados de su fantástica imaginación; voy rápidamente a mencionarles los más importantes, citándoles algunos de sus cuentos, como **Manuscrito hallado en una botella**[8], que es la fantástica narración de un naufragio, donde los náufragos son luego recogidos por un navío imposible que es conducido por sombras; **Un descenso al Maelstrom**[9], excursión vertiginosa llevada a cabo por pescadores de Lofoden; **Los hechos en el caso del señor Valdemar**[10], narración donde no se permite que la muerte se apodere de un hombre utilizando la hipnosis; **El gato negro**[11], que es la historia de un asesino, cuyo crimen fue descubierto por este animal, el cual torpemente fue enterrado junto a la víctima; **El hombre de la multitud**[12], personaje singular que sólo vive en las multitudes, a quien Poe, sorprendido, emocionado y atraído muy a su pesar, sigue en Londres desde la mañana, a través de la lluvia y la niebla, a las calles atestadas de gente, a los bazares tumultuosos, entre los grupos de alborotadores, a los distritos alejados donde se apiñan los borrachos, a dondequiera que hubiera una multitud, que era su elemento natural. Para terminar **La caída de la Casa Usher**[13], aventura escalofriante, sobre una muchacha que se creía muerta, que es enterrada y que revive.

Terminaré con esta relación, mencionando el cuento titulado **Tres domingos por semana**[14]. El cuento es de un género menos lúgubre, aunque es extraño. ¿Cómo puede existir una semana de tres domingos? Perfectamente, para tres individuos, y Poe lo demuestra. En efecto, la Tierra tiene veinticinco mil millas de circunferencia, y gira sobre su eje de este a oeste en veinticuatro horas, a una velocidad de mil millas por hora. Supongamos que el primer individuo parte de Londres, y avanza mil millas hacia el oeste; él verá el sol una hora antes que el segundo individuo que

permanece inmóvil. Luego de avanzar otras mil millas, lo verá dos horas antes; al final de su vuelta al mundo, al regresar a su punto de partida, él habrá adelantado justamente un día entero sobre el segundo individuo. Si el tercer individuo hace el mismo viaje, en las mismas condiciones, pero en sentido inverso, es decir yendo hacia el este, después de su viaje alrededor del mundo se habrá retrasado un día. Entonces, ¿qué sucede con los tres individuos reunidos un domingo en el punto de partida? Para el primero, ayer era domingo, para el segundo, hoy mismo, y para el tercero, será mañana. Ya ven, esto es una broma cosmográfica dicha en términos curiosos.

---

6. Título original: *The balloon hoax*. Publicado en *New York Sun*, el 13 de abril de 1844. Cronológicamente, fue el cuadragésimo sexto cuento publicado. En la peor miseria recién llegado a Nueva York con su mujer, Poe vendió el relato al *New York Sun*, sugiriendo que se publicara como noticia de último momento. Ganó unos pocos dólares y el placer de contemplar a la multitud que se agolpaba frente a las oficinas del diario y se arrebataba los ejemplares, algunos de los cuales se vendieron a cincuenta centavos de dólar.

7. Título original: *Hans Pfaall. A tale*. Publicado en *Southern Literary Messenger*, en junio de 1835. Más conocido como *The unparalleled adventure of one Hans Pfaall*. Cronológicamente, fue el undécimo cuento publicado. Poe ha sido considerado durante algún tiempo como padre de la anticipación científica. En este relato a través de una increíble historia nos transporta más allá de nuestra imaginación, al extremo de sugerir un viaje hacia la Luna, ¡en un globo!

8. Título original: *MS found in a bottle*. Publicado en *Baltimore Sunday Visiter*, el 19 de octubre de 1833. Cronológicamente, fue el sexto cuento publicado. Muchos especialistas han creído ver en este cuento una parábola del paso del hombre por la vida, y muchos han elogiado la perfección de su factura. Este cuento ganó el premio ofrecido por el *Baltimore Saturday Visiter* e inició en cierto modo la carrera literaria de

Poe. En una carta a un amigo el propio Poe afirma que se trata de una de sus primeras composiciones.

9. Título original: *A descent into the Maelström*. Publicado en *Graham's Lady's and Gentleman's Magazine*, en mayo de 1841. Cronológicamente, fue el vigésimo noveno cuento publicado. Se dice que Poe tomó las ideas para este cuento de un cuento publicado con anterioridad en un periódico francés.

10. Título original: *The facts of M. Valdemar's case*. Publicado en *American Review*, en diciembre de 1845. Más conocido como *The facts in the case of M. Valdemar*. Cronológicamente, fue el quincuagésimo noveno cuento publicado. En Londres, este relato fue tomado por un informe científico. El mesmerismo y sus campos afines interesaban extraordinariamente en su época, en el cuento no se retrocede ante el menor detalle descriptivo, por repugnante que esta sea.

11. Título original: *The black cat*. Publicado en *United States Saturday Post (Saturday Evening Post)*, el 19 de agosto de 1843. Cronológicamente, fue el cuadragésimo primer cuento publicado. Un cronista de la época vio en el trío principal del cuento (el narrador, su esposa y el gato) un reverso infernal de Poe, Viriginia, y la gata Caterina, tan mimada por ellos. Se ha demostrado desde el punto de vista psicoanalítico los elementos constitutivos de este cuento, uno de los más intensos de Poe.

12. Título original: *The man of the crowd*. Publicado en *Burton's Gentleman's Magazine*, en diciembre de 1840. Cronológicamente, fue el vigésimo séptimo cuento publicado. El prestigio de este relato no parece basarse tanto en su tema, ya de por sí interesante y sugestivo, como en la gran habilidad técnica de su factura. El ensayo de caracterización de una multitud - que tanto obsesionara a muchos novelistas contemporáneos - se logra aquí con recursos aparentemente simples, pero tras los cuales se esconde la sensibilidad del observador.

13. Título original: *The fall of the House of Usher*. Publicado en *Burton's Gentleman's Magazine*, en septiembre de 1839. Cronológicamente, fue el vigésimo segundo cuento publicado. Para muchos especialistas de la

época, Poe no consigue superar jamás esta creación de una atmósfera maléfica, si bien los temas tratados son repetitivos, ya que están reflejados en otros relatos, como el opio, la angustia, la enfermedad, la hiperestesia mórbida, el entierro prematuro, los sentimientos incestuosos

14. Título original: *A succession of sundays*. Publicado en *Saturday Evening Post*, el 27 de noviembre de 1841. Más conocido como *Three sundays on a week*. Cronológicamente, fue el trigésimo cuarto cuento publicado. Poe plantea en este cuento una interesante teoría sobre los meridianos, que luego Julio Verne utilizaría para escribir su famoso libro **La vuelta al mundo en ochenta días**.

Capítulo IV

Aventuras de Arthur Gordon Pym - Augustus Barnard - El bergantín *Grampus* - El escondrijo en la bodega - El perro rabioso - La carta de sangre - Amotinamiento y masacre - El fantasma a bordo - El barco de los muertos - Naufragio - Torturas del hambre - Viaje al Polo Sur - Nuevos hombres - Extraordinaria isla - Enterrados vivos - La gran figura humana - Conclusión.

Finalmente he llegado a una novela que terminará este estudio sobre las obras de Poe. Es más larga que sus cuentos más largos y lleva como título **Aventuras de Arthur Gordon Pym**[15]. Quizás más humana que las **Historias extraordinarias**, no por eso es menos insólita. Poe presenta situaciones que no se encuentran en ninguna parte, y de naturaleza esencialmente dramática. Juzguen ustedes.

Poe primeramente comienza por citar una carta del mencionado Gordon Pym, con el fin de probar que sus aventuras no son de ningún modo imaginarias, como se había querido hacer creer al público al firmarlas con el nombre del señor Poe; reclama en favor de su autenticidad; sin ir tan lejos, vamos a ver si ellos son siquiera probables, por no decir posibles.

El mismo Gordon Pym narra su historia.

Desde su niñez, él tenía obsesión con los viajes, y, a pesar de cierta aventura que casi le cuesta la vida, no desistió de su propósito y decidió

cierto día, en contra de la voluntad y sin el conocimiento de su familia, embarcar en el bergantín *Grampus*, destinado a la pesca de la ballena.

Uno de sus amigos, Augustus Barnard, que formaba parte de la tripulación, debió apoyar este proyecto preparando en la bodega del barco un escondrijo donde Gordon permaneció hasta que el barco partiera. Todo se ejecuta sin dificultad, y nuestro héroe percibe pronto cómo el bergantín comienza su marcha. Pero, después de tres días de cautividad, su mente comienza a confundirse; los calambres se apoderan de sus piernas; además, sus provisiones se echan a perder; las horas pasan; Augustus no aparece; la inquietud comienza a apoderarse del prisionero.

Poe describe con gran vigor de imágenes y una selección de palabras apropiadas las alucinaciones, los sueños, los extraños espejismos del pobre desgraciado, sus sufrimientos físicos, su dolor moral. Había perdido la palabra; su cerebro flotaba; en este momento desesperado, sintió que las garras de un monstruo enorme se apoyaban sobre su pecho, y que dos chispeantes lámparas lanzaban sus rayos sobre él; el vértigo se apoderó de su cerebro, y estaba a punto de volverse loco, cuando algunas caricias, demostraciones de afecto y alegría, le hicieron reconocer en el monstruo tenebroso a su perro *Tigre*, su terranova que lo había seguido a bordo.

Era un amigo, un compañero de siete años; Gordon reavivó entonces la esperanza, e intentó reorganizar sus ideas: había perdido la conciencia del tiempo. ¿Cuántos días hacía que se encontraba en esta inercia mórbida?

Tenía una fiebre desmedida, y para colmo de males, la vasija del agua estaba vacía; decidió entonces llegar a la escotilla a cualquier precio; pero los movimientos del bergantín golpeaban y desplazaban las cajas mal estibadas; a cada momento el paso amenazaba con ser obstruido. Sin embargo, después de miles de esfuerzos dolorosos, Gordon llegó a la escotilla. Pero en vano intentó abrirla, forzándola con la hoja de su cuchillo; permaneció obstinadamente cerrada. Loco de desesperación, arrastrándose, tropezando, exhausto, muriendo, logró volver a su escondite, y cayó cuan largo era. *Tigre* intentó consolarlo por medio de sus caricias; pero el animal terminó asustando a su dueño; comenzó a lanzar

sordos mugidos, y cuando Gordon le extendía su mano, lo encontraba invariablemente echado sobre su lomo, con las patas en el aire.

Vean ustedes a través de qué sucesión de hechos Poe ha preparado a su lector. Pues bien, por más que uno lo crea todo, lo espere todo, un estremecimiento lo embarga a uno cuando encabezando el capítulo siguiente lee: ¡*Tigre* está rabioso! Es como para no continuar el libro.

Pero antes de experimentar este supremo terror, Gordon, mientras acariciaba a *Tigre*, había sentido un pedacito de papel atado por un cordón bajo la paletilla izquierda del animal; después de intentar veinte veces encontrar los fósforos, recogió un poco de fósforo, que, frotado vivamente, le dio una luz rápida y pálida; con este resplandor, había leído el final de una línea donde aparecían las palabras: ... sangre. - Permanezca oculto, su vida depende de ello.

¡Sangre! ¡Esta palabra! En esta situación. ¡Fue en este momento, a la luz del fósforo, que él notó un cambio singular en la conducta de *Tigre*! ¡Ya no tenía dudas de que la privación del agua lo había vuelto rabioso! Y ahora, cuando mostraba la intención de abandonar el refugio el perro parecía querer bloquearle la salida. Entonces Gordon, asustado, se abotonó fuertemente su vestimenta para protegerse de las mordeduras, y entabló con el animal una lucha desesperada; sin embargo triunfó, y logró encerrar al perro en la caja que le servía de refugio; luego cayó desvanecido; un ruido, un susurro, su nombre a medio pronunciar, lo sacaron de su aturdimiento. Augustus estaba a su lado, acercando una botella de agua a sus labios.

¡Lo que había ocurrido a bordo! Un amotinamiento de la tripulación, el asesinato del capitán y veintiún hombres; Augustus se había salvado, gracias a la inesperada protección de un tal Peters, marinero de una fuerza prodigiosa. Después de esta terrible escena, el *Grampus* había continuado su ruta, y la narración de sus aventuras, agrega el novelista "contendrá incidentes de una naturaleza más allá de la experiencia humana, y por esta razón mucho más allá de los límites de la credulidad humana, que prosigo sin esperanza ninguna de obtener credibilidad por todo lo que voy

a contar, confiando solo que el tiempo y el progreso de la ciencia verifiquen algunas de las más importantes e improbables de mis afirmaciones".

Lo veremos. Les cuento rápidamente. Había dos jefes entre los rebeldes, el segundo y el cocinero principal, Peters; eran dos jefes rivales y enemigos. Barnard se aprovecha de esta división, y le revela a Peters, cuyos partidarios disminuyen día a día, la presencia a bordo de Gordon. Entonces, planean apoderarse del barco. La muerte de un marinero les ofrece bien pronto la oportunidad esperada. Gordon representará el papel de fantasma, y los conspiradores sacarán provecho del pavor causado por la aparición.

La representación tuvo lugar; produjo un terror glacial, la lucha comenzó; Peters y sus dos compañeros, ayudados por *Tigre*, triunfaron; y se quedaron solos a bordo con un marinero de nombre Parker, que, al no haber perecido, se unió a ellos.

Pero entonces sobrevino una terrible tempestad; el barco, víctima del balanceo, se inclinó sobre un costado, y la estiba desplazada por la inclinación, lo mantuvo en esta terrible situación durante algún tiempo; sin embargo al fin se enderezó un poco.

Aquí llegan las extrañas escenas de hambre, y todos los intentos fallidos por llegar al pañol; son descritos de una forma arrebatadora.

En el más terrible de los sufrimientos, se produjo un incidente aterrador, muy propio del genio de Poe.

Un barco es avistado por los náufragos, un gran bergantín–goleta, de aspecto holandés, pintado de negro, con un mascarón de proa llamativo y dorado, se acerca poco a poco, luego se aleja, y más tarde regresa; parece seguir un rumbo incierto. Finalmente, en una última guiñada, llega a acercarse apenas a veinte pies del *Grampus*. Los náufragos pueden ver su puente. ¡Horror! ¡Está cubierto de cadáveres! ¡No hay a bordo un ser viviente! ¡Sí! Un cuervo que se pasea por entre todos los muertos; luego, el extraño barco desaparece, llevándose consigo la incertidumbre horrible de su destino.

En los días siguientes, los sufrimientos del hambre y de la sed se duplican. Las torturas de la balsa de la *Medusa* no darían más que una idea imperfecta de lo que sucedió a bordo; se discutió fríamente acerca de emplear los recursos del canibalismo, y se tiró a la suerte; estuvo contra Parker.

Los desdichados sobrevivieron así hasta el cuatro de agosto; Barnard estaba muerto de agotamiento; el navío, obedeciendo a un movimiento irresistible, dio la vuelta poco a poco, hasta que la quilla se mantuvo en el aire; los náufragos, entonces, se aferraron a la misma; sin embargo, los sufrimientos del hambre se aplacaron un poco, debido a que habían encontrado la quilla cubierta de una espesa capa de cirrópodos, los cuales les proporcionaron una comida excelente; pero aún faltaba el agua.

Finalmente, el seis de agosto, después de nuevas angustias, de nuevas alternativas de esperanza fortalecidas o defraudadas, fueron recogidos por la goleta *Jane Guy* de Liverpool, al mando del capitán Guy. Los tres desventurados se enteraron entonces de que no habían derivado menos de veinticinco grados, de norte a sur. La *Jane Guy* iba a cazar focas en los mares del Sur, y, el diez de octubre, anclaba en *Christmas Harbour*, en la isla de la Desolación.

El doce de noviembre, zarparon de *Christmas Harbour*, y en quince días llegaron a las islas de Tristán de Acuña; el doce de diciembre, el capitán Guy resolvió emprender una exploración hacia el Polo; el narrador hace la singular reseña histórica de los descubrimientos de estos mares, hablando de las tentativas del famoso Weddel, al que nuestro Dumont d'Urville ha convencido del error cometido durante sus viajes en el *Astrolabe* y la *Zélée*.

La *Jane Guy* pasó el paralelo sesenta y tres, el veintiséis de diciembre, en pleno verano, y rápidamente se encontró en el medio de los bancos de hielos. El dieciocho de enero, la tripulación pescó el cuerpo de un singular animal, evidentemente terrestre.

"Tenía tres pies de largo, y solamente seis pulgadas de alto, con cuatro patas bien cortas, los pies armados de largas garras de un rojo brillante,

con gran semejanza a las del coral. El cuerpo estaba cubierto de un pelo sedoso y liso, absolutamente blanco. La cola se parecía a la de una rata, y tenía un largo de un pie y medio aproximadamente. La cabeza se parecía a la de un gato, a excepción de las orejas, las cuales colgaban como las orejas de un perro. Los dientes eran del mismo color rojo brillante de las garras".

El diecinueve de enero, fue descubierta una tierra a los ochenta y tres grados de latitud; unos salvajes, de una raza desconocida, de piel de un negro azabache, vinieron al encuentro de la goleta, que evidentemente tomaron por una criatura viviente. El capitán Guy, animado por la buena disposición de los indígenas, decidió visitar el interior del país; y, acompañado de doce marineros bien armados, llegó a la aldea de Klock-Klock luego de tres horas de marcha. Gordon formaba parte de la expedición.

"A cada paso que dábamos en este país - dice él -, íbamos adquiriendo la fuerte convicción de que nos encontrábamos en una tierra que difería esencialmente de todas aquellas visitadas hasta entonces por los hombres civilizados".

En efecto, los árboles no se parecían a ninguno de los que abundaban en las zonas tórridas, las piedras eran nuevas por su masa y su estratificación; ¡el agua presentaba fenómenos aún más singulares!

"Aunque era tan clara como cualquier agua calcárea existente, no tenía la apariencia usual de la claridad, le ofrecía al ojo todas las variedades posibles de púrpura, como el reflejo brillante de una seda cambiante".

Los animales de esta región diferían esencialmente de los animales conocidos, al menos en apariencia.

La tripulación de la *Jane Guy* y los nativos se llevaban bien. Un segundo viaje al interior del país fue preparado; seis hombres permanecieron a bordo de la goleta, y el resto se puso en marcha. El grupo, acompañado por los salvajes, se deslizaba entre los sinuosos y estrechos valles. Un

muro de rocas elevado a una gran altura donde destacaban algunas grietas, llamó la atención de Gordon.

Cuando examinaba una de ellas con Peters y un tal Wilson:

"Sentí de pronto - dijo - una sacudida que no se parecía a nada que me resultara familiar, y que me provocó una vaga idea de que los cimientos de nuestro macizo globo se agrietaban de repente, y que había llegado la hora de la destrucción universal".

Estaban enterrados vivos; después de recobrar el sentido, Peters y Gordon vieron que Wilson había sido aplastado; los dos infortunados se encontraban en el medio de una colina, compuesta por una especie de esteatita, sepultados por un cataclismo, pero por un cataclismo artificial; los salvajes habían derribado la montaña sobre la tripulación de la *Jane Guy*, todos habían perecido, excepto Peters y Gordon.

Excavando un camino en la roca blanda, llegaron a una abertura por la cual vieron el país lleno de salvajes atacando la goleta que se defendía con su cañón; pero al final la goleta fue tomada, e incendiada, y pronto voló en pedazos en medio de una terrible explosión que hizo perecer a varios miles de hombres.

Durante largos días, Gordon y Peters vivieron en el laberinto, alimentándose con avellanas; Gordon llegó a conocer la forma exacta del laberinto, que desembocaba en tres abismos; proporciona el dibujo de los tres abismos en su narración, así como la reproducción de ciertas muescas que parecían haber sido grabadas sobre la piedra pómez.

Después de varias tentativas sobrehumanas, Peters y Gordon consiguieron volver a la llanura; perseguidos por una vociferante horda de salvajes, felizmente llegaron hasta un bote, donde un indígena se había refugiado, y pudieron hacerse a la mar.

Estaban, entonces, en el océano Antártico "inmenso y desolado, en una latitud más allá de los 84 grados, en una frágil embarcación, sin otras provisiones que tres tortugas".

Hicieron una especie de vela con sus camisas; la vista de la tela afectaba singularmente a su prisionero, quien nunca se decidió a tocarla, y parecía tener horror a lo blanco; sin embargo, avanzaban siempre y llegaron a una región nueva y asombrosa.

"Una alta barrera de vapor gris y ligero aparecía constantemente en el horizonte austral, lanzando en ocasiones largos rayos luminosos, primero viajando de este a oeste, y luego volviéndose a unir para formar una cresta lisa y uniforme."

Ocurría un fenómeno más extraño aún, la temperatura del mar parecía aumentar y pronto se volvió excesiva; su tonalidad lechosa se hizo más evidente que nunca.

Gordon y Peters llegaron a conocer finalmente por boca de su prisionero que la isla, teatro del desastre, se llamaba Tsatal; el pobre diablo caía presa de convulsiones cuando se le acercaba algún objeto blanco.

Pronto, el agua fue presa de una violenta agitación, acompañada de un extraño brillo en la cresta de la cortina de vapor.

"Un fino polvo blanco, parecido a la ceniza, - aún cuando no lo era ciertamente - cayó en el bote mientras la palpitación luminosa del vapor desapareció y la conmoción del agua se calmó"

Así transcurrieron algunos días; el olvido y una súbita indolencia se apoderaron de los tres infortunados; la mano ya no podía soportar el calor del agua.

Ahora menciono el fragmento completo con que termina esta asombrosa narración:

"9 de marzo. - La substancia cenicienta caía continuamente sobre nosotros y en grandes cantidades. La barrera de vapor al sur se había elevado a una altura prodigiosa sobre el horizonte, y comenzó a adoptar una forma precisa. Solo la puedo comparar con una catarata sin límites, precipitándose silenciosamente en el mar desde algún inmenso y distante

lugar en el cielo. La gigantesca cortina ocupaba toda la extensión del horizonte sur. No emitía sonido.

"21 de marzo. - De pronto, una tenebrosa oscuridad nos cubrió; pero de las profundidades lechosas del océano brotó un esplendor luminoso, que se deslizó sobre los flancos del bote. Estabamos casi cubiertos por el aguacero de blancas cenizas que se acumulaba sobre nosotros y sobre el bote y se fundía con el agua al tiempo que caía. La cima de la catarata se perdía completamente en la oscuridad y en el espacio. Sin embargo, era evidente que nos estabamos aproximando con una velocidad asombrosa. A intervalos, se podían ver en toda su extensión inmensas aberturas, que sólo eran momentáneas, y, a través de estas aberturas tras las cuales se agitaba un caos de imágenes flotantes y confusas, se lanzaban poderosas corrientes de aire que silenciosamente arañaban a su paso un mar inflamado.

"22 de marzo. - La oscuridad había aumentado notablemente, solo se veía el brillo del agua que reflejaba la blanca cortina que se encontraba delante de nosotros. Una infinidad de gigantescos pájaros de un blanco fantasmal volaban continuamente desde detrás del singular velo... Y entonces nos precipitamos en el seno de la catarata, donde un abismo se abría para recibirnos. Pero entonces se alzó en nuestro camino una velada figura humana, de proporciones muchos más grandes que las de cualquier habitante de la Tierra. Y la piel del hombre tenía la perfecta blancura de la nieve..."

Y la narración se interrumpe al llegar a este punto. ¿Quién la retomará algún día? Alguien más audaz que yo y más resuelto a avanzar en el dominio de las cosas imposibles

Sin embargo, es necesario creer que Gordon Pym se libró de aquella situación puesto que él mismo fue quien hizo esta extraña publicación; pero murió poco antes de haber terminado su obra. Poe parece sentirlo vivamente, y rechaza la tarea de llenar este vacío.

Este es el resumen de las principales obras del novelista americano. ¿Exageré mucho al calificarlas de extrañas y sobrenaturales? ¿No ha

creado él realmente un nuevo estilo en la literatura, un estilo que proviene de la sensibilidad de su cerebro excesivo, para emplear una de sus palabras?

Dejando de lado lo incomprensible, lo que es necesario admirar en las obras de Poe, es lo novedoso de las situaciones, la discusión de los hechos poco conocidos, la observación de las facultades enfermizas del hombre, la selección de sus temas, la personalidad siempre extraña de sus héroes, su temperamento enfermizo y nervioso, su forma de expresarse mediante interjecciones extrañas. Y sin embargo, en el medio de estas imposibilidades, existe a veces una verosimilitud que se apodera de la credulidad del lector.

Me tomo ahora la libertad de llamar la atención hacia el lado materialista de estas historias; no se siente en ocasión alguna la intervención providencial; Poe parece no admitirla, y pretende explicar todo por las leyes físicas, que incluso inventa cuando las necesita; no se siente en él esta fe que debe darle la contemplación incesante de lo sobrenatural. Emplea lo fantástico con frialdad, si me puedo expresar así, y este infeliz es aún un apóstol del materialismo; pero creo que esto es menos una falta de su temperamento que la influencia de la sociedad puramente práctica e industrial de los Estados Unidos; él ha escrito, pensado, soñado como norteamericano, como hombre positivo; habiendo hecho constar esta inclinación, admiremos sus obras.

Por estas Historias Extraordinarias, uno puede juzgar la sobreexcitación incesante en la cual vivía Edgard Poe; desgraciadamente su naturaleza no le fue suficiente, y sus excesos le provocaron la terrible enfermedad del alcohol, como él bien llamó y de la cual murió.

---

15. Título original: *The narrative of Arthur Gordon Pym*. Publicado en julio de 1838. Por razones desconocidas, el registro formal de la obra fue hecho el 10 de junio de 1837. Esta historia está llena de fantásticas historias y de imágenes sobrenaturales. A lo largo de ella se describen las vicisitudes del señor Pym al salir al mar, y finalmente después de muchas penurias la

narración termina cuando llega al Polo Sur. La continuación de esta novela fue escrita por Julio Verne bajo el título La esfinge de los hielos.

Veinticuatro minutos en globo

Mi estimado Señor Jeunet,

Aquí están las breves notas que me ha solicitado escribir sobre el viaje del "Metéoro".

Usted sabe en que condiciones la ascensión se debía hacer: el globo relativamente pequeño, de una capacidad de 900 metros cúbicos, pesando 270 kilogramos con su barquilla y sus aparatos, inflado de un gas, excelente para la iluminación, pero por la misma razón de un poder ascensional pobre, debía llevar cuatro personas, el aeronauta Eugéne Godard, además de tres viajeros: el señor Deberly, abogado, el señor Merson, teniente del regimiento 14, y yo.

En el momento de partir, imposible fue elevar a todo el mundo. El señor Merson habiendo hecho con anterioridad algunas ascensiones aerostáticas en Nantes con Eugéne Godard, consintió, un poco contrariado, a ceder su lugar al señor Deberly, que hacía, como yo, su primera excursión aérea. El tradicional "Suelten amarras" estaba por ser pronunciado, y nos encontrábamos cerca de abandonar la tierra...

Pero no contábamos con el hijo de Eugéne Godard, un intrépido chico de nueve años, que escaló la barquilla, y por el cual fue necesario sacrificar dos de los cuatro sacos de lastre. ¡Dos sacos solamente! Jamás Eugéne Godard había despegado en estas condiciones. La ascensión no podía, por tanto, durar mucho tiempo.

Partimos a las 5:24 de la mañana, lenta y oblicuamente. El viento nos llevaba hacia el sudeste, y el cielo era de una pureza incomparable. Sólo algunas nubes surcaban el horizonte. El mono Jack, lanzado con su paracaídas, nos permitió elevarnos más rápidamente, y, a las 5:28, estabamos navegando a una altura de 800 metros, tal y como lo indicaba el barómetro aneroide.

La vista de la villa era magnifica. La plaza Longueville parecía un hormiguero de hormigas rojas y negras, unas civiles, otras militares; la

cúspide de la Catedral se alejaba poco a poco, y marcaba como una aguja los progresos de la ascensión.

En un globo, ningún movimiento, ni horizontal, ni vertical, es perceptible. El horizonte parece siempre mantenerse a la misma altura. Su radio se incrementa, eso es todo, mientras que la tierra, por debajo de la barquilla, se hunde como en un entierro. Al mismo tiempo, silencio absoluto, calma completa de la atmósfera, que solo es perturbada por los crujidos del mimbre que nos lleva.

A las 5:32, un rayo de sol emerge desde las nubes que cargaban el horizonte del oeste, y golpea el globo; el gas se dilata, y sin que ningún lastre haya sido lanzado, nos elevamos a una altura de 1 200 metros, la máxima altura que alcanzamos durante el viaje.

Esto es lo que pudimos ver. Bajo nuestros pies, Saint-Acheul y sus jardines oscuros, encogidos como si se les mirara a través del grueso extremo de un telescopio; la Catedral aplastada, cuya cúspide se confundía con las últimas casas de la villa; el Somme, una cinta pálida y delgada; los ferrocarriles, algunas líneas trazadas con un pincel; las calles, sinuosos cordones; los huertos, una simple imagen en el mercado de los hortelanos; los campos, una de esas placas de muestras multicolores que los sastres de antaño colgaban en sus puertas; Amiens, un montón de pequeños cubos grisáceos; se pudiera decir que se había vaciado sobre la llanura una caja de juguetes de Nuremberg. Después, las villas cercanas, Saint-Fuscien, Villers-Bretonneux, La Neuville, Boyes, Camon, Longueau, que parecían montones de piedras, dispuestas aquí y allá como preparación para un pavimentado gigantesco.

En ese momento, el interior del aerostato se ilumina. Miro a través del orificio inferior que Eugéne Godard tiene siempre abierto. Dentro, una limpia claridad, sobre la cual se destacan los costados alternativamente amarillos y carmelitas del "Metéoro". Nada hace descubrir la presencia del gas, ni su color, ni su olor.

Sin embargo, descendemos, debido a nuestro peso. Es necesario lanzar lastre para mantenerse en el aire. Los millares de prospectos, lanzados afuera, indican una corriente más viva en una zona más baja. Ante nosotros Longueau, pero antes de Longueau, una sucesión de pantanosas penínsulas.

- ¿Descenderemos en este pantano? - le pregunté a Eugéne Godard.

- No, me respondió, y, si no tenemos más lastre, lanzaré mi bolsa de viaje. Es absolutamente necesario franquear este pantano.

Seguimos cayendo. A las 5:43, y a 500 metros de la tierra, un viento vivo nos atacó. Pasamos sobre la chimenea de una fábrica, al fondo de la cual se adentraron nuestras miradas; el globo se reflejaba, por una especie de espejismo, en las aguas de los pantanos; las hormigas humanas habían crecido y corrían por los caminos. Una pequeña pradera está allí, entre les dos líneas del ferrocarril, delante de la bifurcación.

- ¿Y bien? -dije.

- ¿Y bien? ¡pasaremos el ferrocarril, pasaremos la villa que está más allá! - me respondió Eugéne Godard.

El viento es vivo. Lo sabemos por la agitación de los árboles. Atravesamos La Neuville. Ante nosotros, está la llanura. Eugéne Godard lanza su cuerda guía, una cuerda de 150 metros de largo, después su ancla. A las 5:47, el ancla toca la tierra; se abre la válvula varias veces; algunos curiosos muy amables corren, toman la cuerda, y tocamos suavemente la tierra, sin la menor sacudida. El globo se ha posado allí como un gran y pesado pájaro, y no como una caza con plomo en sus alas.

Veinte minutos después, el globo fue desinflado, enrollado, empaquetado, puesto en una carreta, y un auto nos llevó de vuelta a Amiens.

He aquí, mi querido señor Jeunet, algunas impresiones cortas, pero exactas. Permítame agregar que un simple paseo aéreo, y también un largo viaje aerostático, no ofrecen nunca peligro, bajo la dirección de

Eugéne Godard. Audaz, inteligente, experimentado, hombre de gran sangre fría, que cuenta ya con miles de ascensiones en el viejo y el nuevo mundo, Eugéne Godard no deja nunca cosa alguna al azar. Él lo prevé todo. Ningún incidente puede sorprenderle. Sabe dónde va, sabe dónde descenderá. Selecciona con maravillosa perspicacia su lugar de parada. Procede matemáticamente, el barómetro en una mano, el saco de lastre en la otra. Sus aparatos están en admirables condiciones. Nunca una falla de la válvula, nunca una falla de la envoltura. Una "cuerda de ruptura" le permite, si es necesario, dividir su aerostato en el caso en que el globo, a ras de la tierra, necesitara ser instantáneamente vaciado por las necesidades del aterrizaje. Eugéne Godard, por su experiencia, su sangre fría, la precisión de su mirada, es verdaderamente un maestro del aire que lo sostiene y que lo transporta, y ningún otro aeronauta, como se sabe, puede comparársele. En estas condiciones, un viaje aéreo ofrece toda la seguridad. No es propiamente un viaje, ¡es algo así como un sueño, pero un sueño siempre muy corto!

Sinceramente suyo,
Julio Verne

Recuerdos de infancia y juventud

¿Recuerdos de infancia y juventud?... ¡Sí! Justamente, corresponde pedirlos a hombres de mi edad. Estos recuerdos son más vivos que los hechos de los que fuimos testigos o autores a partir de la madurez. Pasado el promedio habitual de vida, es grato este retorno a los primeros años. Las imágenes evocadas no se marchitan ni se borran: son fotografías inalterables que el tiempo hace aún más nítidas. Y así se justifica aquella frase tan profunda de un escritor inglés: “La memoria es présbite. Se alarga al envejecer como un tubo de catalejo, y puede distinguir los más lejanos rasgos del pasado”.

¿Recuerdos de este tipo serán interesantes?... No lo sé. Pero quizá los jóvenes lectores del *Goalh's Companion* de Boston puedan enterarse no sin cierta curiosidad de cómo surgió en mí esta vocación de escribir, con la que prosigo más allá de mi sexta década. De modo que, a pedido del director de la revista, alargo los tubos de mi memoria, giro sobre mí mismo y miro hacia atrás[1].

Antes que nada, ¿siempre me gustaron los relatos donde juega libremente la imaginación? Sí, así es, y había en mi familia gran consideración por las artes y las letras, lo cual me dice que el atavismo en gran medida está en mis instintos. Después, está el hecho de que nací en Nantes, donde transcurrió mi infancia. Hijo de padre semiparisiense[2] y de madre totalmente bretona[3], viví en medio del movimiento marítimo de una gran ciudad comercial, punto de partida y de llegada de muchos viajes de larga distancia. Vuelvo a ver el Loira con sus múltiples brazos unidos por una legua de puentes, sus muelles atestados de carga bajo la sombra de olmos enormes aún no surcados por la doble vía del ferrocarril y de las líneas de tranvías. Algunos barcos están en el muelle formando dos o tres filas. Otros suben o bajan el curso del río. No había barcos de vapor en esta época, o al menos muy pocos; pero sí cantidad de esos veleros cuyo tipo conservaron y perfeccionaron tan bien los norteamericanos con sus clíperes y goletas de tres palos. En aquel tiempo sólo teníamos las pesadas embarcaciones de vela de la marina mercante. ¡Cuántos recuerdos me provocan! ¡Con la imaginación, me subía a sus obenques,

me trepaba a sus cofas, me agarraba de la perilla de sus mástiles! ¡Qué ganas tenía de atravesar la plancha vacilante que los unía al muelle y subir a cubierta? ¡Pero con mi timidez de niño no me atrevía! ¿Tímido? ... Sí, era tímido, y sin embargo ya había visto hacer una revolución, derribar un régimen y fundar una nueva realeza, aunque sólo tenía entonces dos años, y todavía oigo los tiros de fusil de 1830 en las calles de la ciudad donde la población luchó contra las tropas reales como en París.

Un día, sin embargo me animé y subí a bordo de un buque de tres palos cuyo cuidador estaba tomándose un trago en un bar de los alrededores. Estoy sobre cubierta... ¡Mi mano toma una driza y la hace deslizar por su polea...! ¡Qué emoción! ¡Las escotillas de la bodega están abiertas...! Me inclino sobre ese abismo... ¡Los fuertes olores que se desprenden donde se mezcla la emanación acre del alquitrán con el perfume de las especias se me suben a la cabeza! Me incorporo, me vuelvo hacia la toldilla, entro... ¡Está llena de olores marinos que le dan una atmósfera como de Océano! ¡Este es el comedor con su mesa para bandazos que no se bandea... en las tranquilas aguas del puerto! ¡Estos son los camarotes con sus tabiques que crujen, donde hubiera querido vivir varios meses, y sus catres angostos y duros donde hubiera querido dormir muchas noches...! ¡Después el camarote del capitán, el “señor después de Dios”...! ¡Mucho más importante personaje para mí que cualquier ministro del rey o lugarteniente general del reino! Salgo, subo a la toldilla y allí me atrevo a imprimir un giro de una cuarta a la rueda del timón... ¡Me parece que el barco se va a alejar del muelle, que se van a soltar las amarras, los mástiles van a cubrirse de velas, y yo, timonel de ocho años[4] , voy a llevarlo al mar!

¡El mar...! ¡Ni mi hermano, que fue marino años después, ni yo lo conocíamos todavía! En el verano, nuestra familia se establecía en un campo no lejos de la costa del Loira, en medio de viñedos, praderas y pantanos. Era propiedad de un viejo tío, antiguo armador[5]. ¡Había ido a Caracas, a Porto-Gabello![6] Lo llamábamos “Tío Prudente” y en recuerdo de él llamé con ese nombre a uno de los personajes de Robur el Conquistador. Caracas quedaba en América, esa América que ya me fascinaba. Y entonces, al no poder navegar por mar, mí hermano y yo lo

hacíamos en pleno campo, a través de bosques y praderas. ¡Sin mástil adonde treparnos, nos pasábamos los días en los árboles! Jugábamos a ver quién hacía su refugio más alto. ¡Charlábamos, leíamos, concertábamos proyectos de viaje, mientras las ramas, agitadas por la brisa, daban la ilusión del cabeceo y los bandazos...! ¡Ah, los deliciosos ocios!

En aquella época se viajaba poco y nada. Eran los tiempos de los reverberos, de los trabillas, de las polainas, de la guardia nacional y del ladrillo de estercoladura; ¡Sí! ¡Vi nacer las cerillas fosfóricas, los cuellos y puño de camisa postizos, el papel de carta, las estampillas, el pantalón con pierna libre, el paletó, el clac, las botas, el sistema métrico, los vapores del Loira, llamados “inestallables” porque saltaban algo menos que los otros, los ómnibus, los ferrocarriles, los tranvías, el gas, la electricidad, el telégrafo, el teléfono, el fonógrafo! ¡Soy de la generación comprendida entre dos genios: Stephenson y Edison! ¡Y asisto ahora a los asombrosos descubrimientos a cuya cabeza marcha Norteamérica, con sus hoteles móviles, sus máquinas para rebanadas de pan, sus aceras circulantes, sus diarios de pasta "hojeada" impresos con tinta de chocolate, que primero se leen y después se comen!

No tenía yo diez años cuando mi padre compró una propiedad en el extremo de la ciudad, en Chantenay, ¡qué hermoso nombre! Estaba ubicada sobre una colina que domina el margen izquierdo del Loira. Desde mi pequeña pieza veía correr el río unas dos o tres leguas, entre las praderas que inunda con sus grandes crecientes durante el invierno. Pero en verano le falta agua, y emergen de su lecho bandas de una hermosa arena amarilla, ¡todo un archipiélago de islotes cambiantes! Los barcos siguen penosamente esos angostos canales, aun balizados con pilares negruzcos que todavía veo. jAh, el Loira! Por más que no se lo pueda comparar con el Hudson, el Mississippi o el San Lorenzo, es uno de los grandes ríos de Francia. ¡Seguramente en América sería sólo un humilde arroyo! Pero América no es un Estado, ¡es un continente!

Mientras tanto, al ver pasar tantos barcos me devoraba la necesidad de navegar. Ya conocía los términos marinos, y comprendía las maniobras lo

suficiente como para seguirlas en las novelas de Fenimore Cooper, a quien no me canso de releer con admiración. Con el ojo en el lente de un pequeño telescopio miraba los barcos a punto de virar, desplegar los foques y cazar las cangrejas, según el procedimiento de rutina.

Pero mi hermano y yo no habíamos navegado nunca, ¡ni siquiera por río...! Un día sin embargo, por fin sucedió.

En el extremo del puerto había un hombre que alquilaba barcos a un franco por día. Era caro para nuestro bolsillo, y también imprudente, pues aquellos barcos, poco impermeables, hacían agua por los cuatro costados. El primero que usamos tenía un solo mástil, pero el segundo tenía dos, y el tercero tres, como los quechemarines y los lugres de cabotaje. Aprovechamos la bajamar y salimos voltejeando contra el viento del Oeste.

¡Ah, qué escuela! ¡Los golpes de timón en falso, las maniobras fallidas, las escotas mal largadas a propósito, la vergüenza de virar viento en popa, cuando la marejada turbaba la amplia cuenca del Loira frente a nuestra Chantenay! En general salíamos con bajamar y volvíamos con la marea ascendente horas después. Y mientras nuestra embarcación de alquiler avanzaba pesadamente entre las costas, ¡con qué envidia mirábamos los hermosos yates de placer que se deslizaban ligeramente por la superficie del río!

Un día yo estaba solo en una yola mala, sin quilla. A diez leguas río abajo de Chantenay cede una borda y se declara una línea de agua. ¡Imposible cegarla! ¡Voy a naufragar! La yola se va a pique y apenas tengo tiempo de lanzarme a un islote de altos y espesos cañaverales con penachos curvados por el viento.

De todos los libros de mi infancia, el **Robinson Suizo** era al que yo tenía más cariño, más que a **Robinson Crusoe**. Sé que la obra de Daniel de Foe tiene más alcance filosófico. Es el hombre librado a sí mismo, el hombre solo ¡el hombre que halla un día la marca de un pie desnudo en la arena! Pero la obra de Wyss[7], llena de acontecimientos e incidentes, es más interesante para las cabezas jóvenes. Es la familia, el padre, la madre, los hijos y sus diversas aptitudes. ¡Cuántos años pasé en su isla! ¡Cómo

envidié su suerte! De modo que nadie se sorprenderá de que yo haya sentido el impulso irresistible de poner en escena en **La isla misteriosa** a los Robinsones de la Ciencia, y en **Dos años de vacaciones** a un pensionado completo de Robinsones[8].

Mientras tanto, en mi islote no estaban los héroes de Wyss. En mí se encarnaba el héroe de Daniel Defoe. Ya soñaba con construir una cabaña de leños, con fabricar una línea con una caña y procurarme fuego, como los salvajes, frotando dos pedazos de madera seca. ¿Señales...? ¡No, porque las verían muy pronto y me salvarían antes de lo que quería! Antes que nada, tenía que calmarme el hambre. ¿Cómo? Mis provisiones se habían hundido en el naufragio. ¿Cazar algún ave...? ¡No tenía perro ni fusil![9] ¿Entonces, mariscos? ... ¡No había! Por fin conocía las angustias del abandono, los horrores de la indigencia en una isla desierta, como los habían conocido los Selkirks[10] y personajes de los naufragios célebres que no fueron Robinsones imaginarios! ¡Mi estómago clamaba...!

La cosa no duró sino unas horas, y una vez que bajó la marea sólo tuve que cruzar con el agua en los tobillos para llegar a lo que yo llamaba el continente, es decir, el margen derecho del Loira. Y volví tranquilamente a casa, donde me debí contentar con una cena familiar en vez de la comida a la Crusoe con que había soñado, ¡mariscos crudos, un trozo de pecarí y pan hecho con harina de mandioca!

Así fue aquella navegación tan movida, con viento en contra, vía de agua, barco desmantelado, ¡todo lo que podía desear un náufrago de mi edad!

Reprocharon a veces a mis libros que incitaran a los muchachos a abandonar el hogar para correr por el mundo. Lo cual no creo que haya sucedido nunca. ¡Pero si algún chico se lanzara alguna vez a aventuras semejantes, que tome como ejemplo a los héroes de los Viajes extraordinarios, y tendrá la seguridad de llegar a buen puerto!

¡A los doce años, todavía no había visto el mar, el mar verdadero! ¡No! Todavía me embarcaba con el pensamiento en los barcos sardineros, las chalupas de pesca, los bergantines, las goletas, los buques de tres palos e

incluso en los barcos de vapor -¡todavía se los llamaba piróscafos!- que iban hasta la desembocadura del Loira.

¡Al fin, un día mi hermano y yo tuvimos permiso para sacar pasaje a bordo del piróscafo número 2!... ¡Qué emoción! ¡Era para perder la cabeza!

Y ya estamos en ruta. Pasamos por Indret[11], el gran establecimiento estatal totalmente cubierto de humaredas negras. Dejamos atrás las escalas de derecha e izquierda. ¡Couesron[12], Pellerin, Paimboeuf! El piróscafo corta oblicuamente el ancho estuario del río. Pasamos por *Saint Nazaire* con su embrión de escollera, su vieja iglesia con campanario de pizarra totalmente inclinado y las pocas casas o casuchas que formaban entonces aquel pueblo tan rápidamente transformado en ciudad. Precipitarse fuera del barco, bajar por las rocas tapizadas de fucos para tomar agua de mar en las manos y llevarla a los labios fue para mi hermano y para mí cosa de unos pocos saltos...

-¡Pero no es salada! -dije palideciendo.

-¡Nada salada! -me replica mi hermano.

-¡Nos engañaron! -grité con una voz penetrada por el mayor de los desencantos.

¡Tontos de nosotros! ¡La marea estaba baja, y lo que habíamos tomado del hueco de una roca era sólo agua del Loira! ¡Y cuando la marea creció, el agua estaba todavía más salada que lo que habíamos imaginado!

Y por fin vi el mar, o al menos la vasta bahía que se abre al Océano entre las puntas extremas del río.

Después recorrí el golfo de Gascuña, el Báltico, el mar del Norte, el Mediterráneo. Con una modesta chalupa, después con una balandra, y después con un yate de vapor, hice gran cabotaje de placer. Crucé inclusive el Atlántico Sur en el *Great Eastern* y pisé los EE.UU. donde -me avergüenza confesarlo ante los norteamericanos- ¡sólo me quedé ocho

días! ¡Qué otra cosa podía hacer! ¡Tenía pasaje de ida y vuelta por sólo una semana!

De todos modos, vi Nueva York, viví en el *Fifth Avenue Hotel*, crucé el *East River* antes de la construcción del puente de Brooklyn, remonté el Hudson hasta Albany, visité Buffalo y el lago Erie, contemplé las cataratas del Niágara desde lo alto de la *Terrapine Tower* mientras el arcoiris lunar se dibujaba a través de los vapores de los saltos; por último, más allá de *Suspension Bridge*, me senté en la orilla canadiense... ¡y después me fui! ¡Y una de las cosas que más lamento es pensar que nunca volveré a ver esa América a la que quiero, y que todo francés debe querer como a una hermana de Francia!

Pero esos no son recuerdos de infancia y juventud, sino de la madurez. Mis jóvenes lectores saben ahora a qué instintos, a qué circunstancias se debe que yo haya escrito esa serie de novelas geográficas. Estaba en París entonces, y vivía rodeado de músicos, entre quienes conservé buenos amigos, y muy poco con mis colegas de las letras que apenas me conocen. Después hice algunos viajes al oeste, al norte y al sur de Europa, mucho menos extraordinarios que los de mis relatos, y me retiré al campo para dar fin a mi tarea.

Esta tarea consiste en pintar toda la tierra, el mundo entero en forma de novela, imaginando aventuras especiales en cada país y creando personajes especiales según los medios en que actúan.

¡Sí! ¡Pero el mundo es muy grande y la vida muy corta![13]

¡Para dejar una obra completa habría que vivir mil años!

¡Ah! ¡Quisiera llegar a los cien años, como M. Chevreul![14]

Pero, dicho sea entre nosotros, ¡es muy difícil!

Julio Verne

1. Este texto inédito, desconocido por los exégetas vernianos que conocemos, fue titulado así por el propio Verne. Está integrado por ocho hojas numeradas por el autor. El manuscrito fue adquirido en una venta pública en Londres, en 1931, por la Fundación Martin Bodmer (Biblioteca Bodmeriana), de Cologny-Ginebra.
2. El abogado Pierre Verne, su padre, había nacido en Provins, pero había hecho sus estudios de derecho en París, antes de radicarse en Nantes.
3. Sophie Allotte de la Fuye, de una familia de Nantes con no más de dos o tres generaciones bretonas.
4. Así como habrá **Un capitán de quince años**...
5. El tío Prudent Allotte de la Fuye tenía una propiedad en La Guerche-en-Brain.
6. Por Puerto Cabello, en Venezuela.
7. Jean Rodolphe Wyss (nacido y muerto en Berna, 1781-1830), conocido sobre todo por su novela **El Robinson Suizo**.
8. Esta admiración por el **Robinson Suizo** llevó a Verne a publicar una continuación de la novela en su vejez: **Segunda patria** (1900). Así como había dado una terminación "racional" a las **Aventuras de Arthur Gordon Pym**, de Edgar Poe, con **La esfinge de los hielos** (1897).
9. Julio Verne detestaba la caza. Véase en este sentido el encantador y espiritual cuento, **Diez horas de caza** (1881).
10. Alexander Selkirk (1676-1721), "náufrago voluntario" inglés que permaneció en la isla Juan Fernández de 1703 a 1709; el relato de sus aventuras inspiró a Daniel Defoe, **Robinson Crusoe**.
11. Isla del Loira, a 8 km de Nantes, que alberga las fábricas estatales especializadas en la construcción de máquinas para la Marina.
12. Antigua ortografía de Couëron.
13. Esta fórmula parece parafrasear el verso de Baudelaire: *L'Art est long et le Temps est court*.
14. Michel-Eugène Chevreul (1786-1889), químico y físico francés, autor especialmente de trabajos sobre la luz y los colores (1860) que tuvieron gran influencia en las teorías del pintor Seurat sobre la división del tono.

Los meridianos y el calendario

Intervención dirigida a la Sociedad Geográfica (sesión del 4 de abril de 1873), en respuesta a la pregunta de los señores Hourier y Faraguet, ambos interesados por conocer en qué meridiano ocurre el cambio de un día a otro del calendario civil.

Señores,

Se me ha encomendado por la Comisión central de la Sociedad Geográfica responder a una pregunta muy interesante que ha sido formulada simultaneamente, por una parte, por el señor Hourier, ingeniero civil, y, por la otra, por el señor Faraguet, ingeniero jefe de los Puentes y Carreteras de *Lot-et-Garonne*.

Creo que no sea necesario ver más que una simple coincidencia entre estas cartas y la publicación del libro titulado **La vuelta al mundo en ochenta días**, que publiqué hace tres meses; y para introducir la cuestión que nos concierne, les pediré permiso para citar las líneas que terminan esta obra.

Se trata de esta situación muy singular, -de la cual Edgar Poe ha sacado partido en un cuento titulado *Tres domingos por semana*-, se trata, digo, de esta situación ocurrida a los viajeros que lleven a cabo la vuelta al mundo, sea yendo hacia el este, sea dirigiéndose hacia el oeste. En el primer caso, han ganado un día; en el segundo, lo han perdido, luego de haber regresado al punto de partida.

« En efecto, -he dicho-, marchando hacia Oriente, Phileas Fogg (este es el héroe del libro) iba al encuentro del Sol, y por lo tanto, los días disminuían para él tantas veces cuatro minutos como grados recorría. Hay 360 grados en la circunferencia, los cuales, multiplicados por cuatro minutos, dan precisamente veinticuatro horas, es decir, el día inconscientemente ganado. En otros términos: mientras Phileas Fogg, marchando hacia Oriente, vio el Sol pasar ochenta veces por el meridiano, sus colegas de Londres no lo habían visto más que setenta y nueve. »

La pregunta se formula entonces así, y sólo me bastará resumirla en pocas palabras.

Todas las veces que se lleve a cabo la vuelta la globo yendo hacia el Este, se gana un día. Todas las veces que se dé la vuelta al mundo yendo hacia el Oeste, se pierde un día, es decir esas 24 horas en que el sol, en su movimiento aparente, da la vuelta a la tierra, y este es, cualquiera que sea, el tiempo que se emplea para llevar a cabo el viaje.

Este resultado es tan real, que la administración de la marina otorga un día de ración suplementaria a sus navíos que, saliendo de Europa, doblan el Cabo de Buena Esperanza, y retira, por otra parte, un día de ración a todos los que doblan el Cabo de Hornos. De dónde se puede sacar una explicación a esta consecuencia tan rara de que los marinos que van hacia el Este estén mejor alimentados que aquellos que van hacia el Oeste. En efecto, cuando todos lleguen al punto de partida, aun cuando han vivido la misma cantidad de minutos, unos han hecho un desayuno, una comida y una cena más que los otros. A esto se responderá que estos han trabajado un día de más. Sin dudas, pero no han vivido más que los otros.

Es entonces evidente, señores, que de este asunto sobre el día perdido o el día ganado, siguiendo la dirección lógica, debe por tanto concluirse que este cambio de fecha debe verificarse en un punto cualquiera del globo. Pero, ¿cuál es este punto? Tal es el problema a resolver, y no se asombrarán que esto haya despertado la atención de los autores de las dos cartas. Estas dos cartas pueden, en suma, resumirse de la siguiente manera: Sí, hay un meridiano privilegiado sobre el cual se lleva a cabo la transición, dice el señor Faraguet. ¿Dónde está ese meridiano privilegiado?, pregunta el señor Hourier.

Antes que nada, señores, diré que es difícil de responder desde el punto de vista puramente cosmográfico. ¡Ah! si los señores Hourier y Faraguet pudiesen hacerme saber sobre que horizonte el Sol se levantó en los primeros días de la creación, si conociesen el meridiano del globo sobre el cual el mediodia se estableció por primera vez, la pregunta sería fácilmente resuelta, y yo les diría: Ese primer meridiano es el meridiano

privilegiado que determina el señor Faraguet y que reclama el señor Hourier. Pero, ninguno de estos ingenieros han sido lo suficientemente primitivos para ver la primera elevación del radiante astro; no pueden entonces decirme cuál es este primer meridiano, y ahora, abandonando por este momento la cuestión científica, paso a la cuestión práctica que trataré de dilucidar en algunas palabras.

De esta consecuencia de que se gana un día por el Este y se pierde por el Oeste, se deriva un equívoco que se ha mantenido durante mucho tiempo. Los primeros navegadores habían impuesto, y esto de forma inconsciente, su calendario a las nuevas regiones. De forma general se contaban los días en dependencia de que los países hubieran sido descubiertos por el Este o por el Oeste. Los europeos, al llegar a estas regiones desconocidas habitadas por los indígenas que no se preocupaban ni de los días ni de las fechas en las cuales se comían a sus semejantes, los europeos, repito, imponían su calendario, y todo quedaba dicho. Así durante siglos se fechó a Canton tomando como punto de partida la llegada de Marco Polo, y a las Filipinas por la de Magallanes.

Pero el error de concordancia de los días debía crear problemas en la práctica comercial. De esta forma, desde hace unos veinte años, en una época que no puedo fijar, pero que nuestro eminente colega, el señor almirante de Paris, podría indicar, se decidió llevar definitivamente a Manila el calendario europeo, que regularizó la situación y creó, por así decir, un calendario oficial.

Agregaré que existía desde hace mucho tiempo, en la práctica, un meridiano compensador, que era el 180 contado a partir del meridiano 0, sobre el cual están reglados los cronómetros de a bordo, sea Greenwich por el Reino Unido, París por Francia o Washington por los Estados Unidos.

He aquí en efecto lo que traduje del periódico inglés *Nature*, al cual se le dirigió, en 1872, la pregunta formulada por los dos honorables ingenieros:

« La pregunta del señor Pearson, en el número del 28 de germinal[1] del periódico *Nature*, no admite una respuesta exacta o científica, debido a

que no hay una línea natural de demarcación o cambio, y el establecimiento de esta línea es completamente una cuestión de uso o conveniencia. No hace muchos años atrás las fechas de Manila y de Macao eran diferentes, y hasta la cesión del territorio de Alaska a los americanos, las fechas de allí diferían de las del cercano territorio de la América inglesa. La regla aceptada ahora es que los lugares que se hallan en longitud oriental se fechen como si se hubiese llegado hasta allí por el Cabo de Buena Esperanza, y que aquellos que estén situados en longitud occidental se fechen como si se hubiese llegado por el Cabo de Hornos. Esta regla se hace prácticamente conveniente debido a la longitud del Océano Pacífico. Así entonces, el capitán de un navío tiene por hábito cambiar la fecha de su libro de a bordo al atravesar el meridiano 180, agregando o restando un día siguiendo a la dirección en la que va; pero el capitán que sólo atraviesa este meridiano para regresar sobre sus pasos, no modifica su fecha, de tal suerte que pueden y deben encontrarse, de vez en cuando, capitanes que tengan fechas diferentes. Un ejemplo muy notorio de este efecto tuvo lugar durante la guerra de Rusia, cuando nuestra escuadra del Pacífico alcanzó a la escuadra de China en las costas de Kamtchatka.»

La cita que acabo de hacer, señores, debe hacerles prejuzgar la solución posible que vamos a dar. Acabo de tratar esta pregunta desde el punto de vista histórico, después desde el punto de vista práctico; pero, ¿está resuelta científicamente? No, aunque su solución se encuentra indicada en la carta del señor Faraguet.

Para resolverla completamente, permítanme entonces, señores, citar una carta que me dirigió personalmente uno de nuestros más grandes matemáticos, el señor J. Bertrand, del Instituto.

« Nuestra conversación de ayer me ha dado la idea de un problema que a continuación enuncio: Un señor, provisto de medios de transporte suficientes, sale de París un jueves al mediodía; se dirige hacia Brest, de allí a Nueva York, a San Francisco, Yedo, etc., y regresa a París luego de 24 horas de viaje, a razón de 15 grados la hora.

« En cada estación, pregunta: ¿Qué hora es? Le responden invariablemente: mediodía. Luego pregunta: ¿En que día de la semana vivimos?

« En Brest, le responden jueves; en Nueva York, igualmente... pero al regresar, en Pontoise, por ejemplo, le responden viernes.

« ¿Dónde ocurrió la transición? ¿Sobre que meridiano nuestro viajero, si es buen católico, puede y debe lanzar el jamón que se convierte en prohibido?

« Es evidente que la transición debe ser brusca. Ocurrirá en el mar o en los países que ignoran el nombre de los días de la semana.

« Pero supongan la existencia de un paralelo entero sobre el continente y habitado por pueblos civilizados que hablan la misma lengua y se someten a las mismas leyes; habrá dos vecinos, separados por una linea imaginaria, y uno de ellos dirá hoy al mediodía: vivimos el jueves; y el otro afirmará: vivimos el viernes.

« Suponga, por otra parte, que uno habite en Sevres y el otro en Bellevue. No habrán vivido ocho días en esta situación sin llegar a entenderse sobre el calendario; el equívoco cesará entonces, pero renacerá por otra parte, y se le hará un movimiento perpetuo en el diccionario de los días de la semana. »

Esta carta, señores, a la vez muy lógica y muy espiritual, me parece resolver de una manera categórica la pregunta formulada a la Sociedad Geográfica.

Sí, el equívoco existe, pero existe en el estado latente por así decir. Sí, si un paralelo atravesase los continentes habitados, habría desacuerdo entre los habitantes de este paralelo. Pero parece que la previsora naturaleza no ha querido dar a los humanos una causa suplementaria de discusiones. Ha puesto prudentemente entre las grandes naciones, los desiertos y los océanos. La transición del día ganado al día perdido se hace de una manera inconsciente en estos mares que separan los pueblos; pero el

equívoco no puede ser constatado, porque los navíos se mueven y no permanecen inmóviles sobre estos largos desiertos.

No hace falta insistir más, señores, y me resumiré diciendo:

Desde el punto de vista práctico:

1- El acuerdo del calendario a usar, que ha sido resuelto, con la adopción del mismo en Manila.

2- Los capitanes cambian la fecha de sus libros de a bordo cuando pasan el meridiano 180, es decir la prolongación del meridiano regulador que fija su cronómetro.

Desde el punto de vista científico:

La transición se hace sin brusquedad, inconscientemente, sea sobre los desiertos, sea sobre los océanos que separan los países habitados.

No tendremos entonces en el futuro el doloroso espectáculo de dos pueblos civilizados yendo a la guerra y batiéndose por el honor de un calendario nacional.

---

1. Séptimo mes del calendario republicano francés, cuyos días primero y último coincidían, respectivamente, con el 21 de marzo y el 19 de abril. (N del T)

Una ciudad ideal

Señoras y señores:

Tengan la bondad de permitirme faltar a todos los deberes de un director de la Academia de Amiens que preside una sesión general, al reemplazar el discurso habitual por el relato de una aventura de la que fui protagonista. Me disculpo por adelantado, no solamente ante mis colegas, cuya benevolencia jamás me ha faltado, sino también ante ustedes, señoras y señores, cuya expectativa va a verse frustrada.

Asistí, a principios del mes pasado, a la entrega de premios del Liceo. Allí, sin abandonar mi butaca, guiado por el profesor Cartault, luego devenido en colega nuestro, he dado un paseo por el viejo Amiens, tan maravillosamente poetizado por el hábil lápiz de Duthoit. De esta excursión a través de la pequeña Venecia industrial que los once brazos del Somme forman en el norte de la ciudad, no me habían quedado más que bellos recuerdos.

Volví a mi casa, en el bulevar Longueville, cené, me acosté, me dormí.

Hasta aquí, nada más natural, y es probable que ese día todas las personas virtuosas se hayan conducido de esta manera, que es la correcta.

Tengo la costumbre de levantarme temprano. Ahora bien, por una circunstancia que no podría explicar, me desperté al día siguiente muy tarde. La aurora había sido más madrugadora que yo. ¡Debí haber dormido al menos quince horas! ¿A qué se debía esta prolongación del sueño? ¡No había ingerido ningún somnífero al acostarme! ¡No había cerrado los ojos leyendo un discurso oficial...!

Sea como sea, el sol ya había pasado el meridiano cuando me levanté. Abrí la ventana. Hacía buen tiempo. ¡Creía que era miércoles...! Era domingo, evidentemente, porque la multitud de paseantes atestaba las calles. Me vestí, comí en un santiamén y salí.

Durante esa jornada, señoras y señores, debía yo «marchar de sorpresa en sorpresa», para recordar uno de los raros juegos de palabras que ha pronunciado Napoleón I.

Ustedes juzgarán.

Apenas hube puesto el pie en la acera, fui asaltado por una nube de pilluelos que gritaban: «¡El programa del concurso! ¡Quince centavos! ¿Quién quiere el programa?»

–Yo –dije, sin reflexionar mucho en lo que este gasto podía tener de imprudente.

Es que la víspera, en efecto, había pagado precisamente en la caja del recaudador de impuestos el importe de mis cotizaciones personal y mobiliaria. Y, en verdad, estoy, como tantos otros, tan singularmente cotizado mobiliaria y personalmente que el precio del programa amenazaba consumar mi ruina.

–¿De qué concurso se trata? –pregunté a uno de los niños que me rodeaban.

–¡Del concurso regional, mi príncipe! –respondió uno de ellos–. ¡Hoy es la clausura!

Dicho esto toda la banda se esfumó.

Me quedé solo con mi principado de ocasión, que me había costado apenas tres monedas.

¿Pero qué era entonces ese concurso regional? Si no me engañaban los recuerdos, ¡debía haber cerrado hacía dos meses! Era evidente que el muy pillo me había timado vendiéndome un programa viejo.

Sea como sea, lo tomé con filosofía y continué mi camino.

Llegado que hube a la esquina de la calle Lemerchier, ¡cuál fue mi asombro cuando vi que esta calle se extendía más allá de donde alcanzaba la vista! Divisaba ahora una larga serie de casas, las últimas de las cuales desaparecían tras la prominencia de la costa. ¿Me encontraba, pues, en Roma, a la entrada del Corso? ¿Iba a dar este Corso a los nuevos bulevares? ¿Había brotado allí un barrio, como un criptógamo, con sus mansiones y sus iglesias, y esto en el transcurso de una sola noche?

Así debía ser, porque vi ómnibus, ¡sí, ómnibus! –línea F. de Notre Dame aux Réservoirs– ¡que remontaban la calle con sus cargas de viajeros!

«¡Pardiez –me dije–, voy a preguntarle al encargado de la concesión qué significa todo esto!»

Me dirigí al puente que uno de nuestros antiguos colegas ha tendido con tanta elegancia sobre el ferrocarril de la Compañía del Norte.

¡El encargado, ausente! ¿Por qué esta ausencia? ¿Acaso, desde ayer, la concesión habría sido trasladada al nuevo recinto de los bulevares? Ya me enteraré. Si no hay encargado en el extremo sur del puente, al menos hay un mendigo en el extremo norte y este buen hombre me dirá...

Me acerqué. Pasaba un tren, marchando a poca velocidad. El maquinista estremecía el aire con los pitidos de la locomotora y purgaba los cilindros con un estruendo ensordecedor.

Acaso fuese una ilusión óptica, pero me parece que los vagones estaban construidos a la americana, con pasarelas que permitían a los viajeros circular de un extremo a otro del tren. Procuré leer las iniciales de la Compañía que están pintadas sobre las paredes de los coches; pero en lugar de la N de Norte, ¡vi la P y la F de Picardía y Flandes! ¿Qué significaba esta sustitución de letras? ¿Es que, por ventura, la pequeña Compañía había absorbido la grande? ¿Acaso tendríamos ahora vagones caldeados, incluso cuando hiciese frío en el mes de octubre, contrariamente a las disposiciones reglamentarias? ¿Acaso tendríamos compartimientos convenientemente desempolvados? ¿Acaso se venderían boletos de ida y vuelta, como en la buena estación, entre Amiens y París?

¡Éstas fueron las principales ventajas de la absorción de la Compañía del Norte por la Compañía de Picardía y Flandes que primero acudieron a mi mente! ¡Pero no podía detenerme en estos detalles de una inverosimilitud tan absoluta! Corrí al extremo del puente...

¡Ni rastro del mendigo! El hombre de los pies hacia fuera y la barba blanca, que funciona con una velocidad de cincuenta golpes de sombrero por minuto, ya no estaba allí.

¡Yo habría creído todo, señoras y señores, sí, todo, antes que la desaparición de este mendigo! ¡Me parecía parte integral del puente! ¡Ah! ¿Por qué no estaba allí, en su sitio de costumbre? Dos escaleras de piedra, de doble revolución, reemplazaban ahora a los senderos que, ayer solamente, daban acceso a los jardines, y con la afluencia de gente que las subía y las bajaba, ¡cuánto hubiese recaudado el mendigo!

La moneda que pensaba depositar en su sombrero se me cayó de la mano. ¡Al tocar el suelo, la moneda devolvió un sonido metálico, como si hubiese golpeado un cuerpo duro y no la tierra blanda del bulevar!

Bajé la mirada. ¡Una calzada, adoquinada con pórfido, cruzaba transversalmente el paseo!

¡Qué cambio! ¿Esa esquina de Amiens ya no merecía el nombre de «pequeña Lutecia»? ¡Cómo! ¿Podríamos pasar por allí, los días de lluvia, sin enlodarnos hasta las pantorrillas? ¿Ya no chapotearíamos en ese barro arcilloso tan odiado por los nativos de Henriville?

¡Sí, fue con voluptuosidad que puse el pie en ese pavimento municipal, preguntándome, señoras y señores, si los alcaldes, gracias a alguna nueva revolución, eran nombrados desde ayer por el ministro de Obras Públicas!

¡Y eso no era todo! ¡Los bulevares, aquel día, habían sido regados a una hora elegida juiciosamente –ni muy temprano ni muy tarde–, lo que impedía al polvo producirse y al agua esparcirse en el momento en que afluían los paseantes! ¡Y las contracalles, asfaltadas como las de los Campos Elíseos en París, presentaban un suelo agradable al pie! ¡Y había

bancos dobles con respaldo, uno junto a cada árbol! ¡Y estos bancos no estaban contaminados por el descaro de los niños ni el desparpajo de las niñeras! ¡Y, cada diez pasos, unos candelabros de bronce sostenían sus elegantes faroles hasta el follaje de los tilos y los castaños!

«¡Dios mío –exclamé–, si estos bellos paseos están ahora tan bien iluminados como están cuidados, si algunas estrellas de primera magnitud brillan en lugar de esos pabilos amarillentos de gas de otros tiempos, todo va a pedir de boca en la mejor de las ciudades posibles!»

La afluencia era enorme en los bulevares. Magníficos carruajes, unos enganchados a la Daumont, otros a rienda suelta, circulaban por la calzada. Me vi en dificultades para pasar. Pero, cosa rara, no reconocí a ninguno de los magistrados, negociantes, abogados, médicos, notarios, rentistas con quienes tenía el placer de encontrarme los días de música; a ninguno de los oficiales, que ya no eran del 72º, sino del 324º, tocados con un nuevo modelo de chacó; a ninguna de las bellas damas, ¡sentadas tan indolentemente en los asientos de elástico!

Y, a propósito, ¿quiénes eran esas excéntricas que se pavoneaban en las contracalles, aventajando, con la fantasía de sus vestuarios, los últimos modelos que hubiese visto en París? ¡Miriñaques con flores artificiales, que parecían ramos, situados, un poco bajos quizá, debajo de la cintura! ¡Largas colas, montadas sobre rueditas de metal que murmuraban deliciosamente sobre la arena! ¡Sombreros, con lianas enredadas, plantas arborescentes, aves de los trópicos, serpientes y jaguares en miniatura, de los que una selva de Brasil no hubiese dado más que una idea imperfecta! ¡Moños, de un volumen tan embarazoso y de un peso tan considerable que estas gentes elegantes se veían forzadas a llevarlas en una cestita de mimbre, adornada, además, con un gusto irreprochable! ¡Por fin, polacas, cuyas combinaciones de pliegues, cintas, encajes me hubiesen parecido menos fáciles de reconstituir que la misma Polonia!

¡Me quedé allí, inmóvil! Todo este mundo pasaba ante mí como un cortejo fantástico! Observé que no había muchachos de más de dieciocho años ni muchachas de más de dieciséis. ¡Nada más que parejas casadas,

tomadas amorosamente del brazo, y un hormigueo de hijos, quizás como jamás se ha visto, desde que las poblaciones se multiplican según la ley del Altísimo!

«¡Dios mío –exclamé de nuevo–, si los hijos consuelan de todo, Amiens es sin duda la ciudad de las consolaciones!»

De pronto, se oyeron unos acordes extraños. Sonaban los clarines. Me dirigí a la tarima carcomida que, desde tiempo inmemorial, tiembla bajo los pies de los directores de banda...

En lugar de la susodicha tarima se elevaba un elegante pabellón, coronado por una ligera veranda, del más encantador aspecto. Al pie del pabellón se extendían amplias terrazas, cuya salida se hacía a la vez sobre el bulevar y sobre los jardines de más abajo. El sótano estaba ocupado por un magnífico café de un lujo ultramoderno. Me froté los ojos, preguntándome si el proyecto Féragu por fin se había realizado para mayor alegría de este bravo artista y si lo había hecho en el corto lapso de una noche, ¡bajo el influjo de una varita mágica!

Pero yo no estaba ya para buscarle explicación a hechos absolutamente inexplicables, que son del dominio de la fantasía. La banda del 324º interpretaba un fragmento que no tenía nada de humano, ¡pero nada de celestial tampoco! ¡Ahí también había cambiado todo! ¡Ninguna pausa musical en las frases, ninguna cadencia! ¡Nada de melodía, nada de compás, nada de armonía! ¡Lo enrevesado sobre lo inconmensurable, habría dicho Victor Hugo! ¡Wagner quintaesenciado! ¡Álgebra sonora! ¡El triunfo de las disonancias! ¡Un efecto semejante al de los instrumentos que afinan en una orquesta antes que se den los tres golpes!

¡A mi alrededor los paseantes, parados en grupos, aplaudían como sólo había visto hacerlo en los ejercicios de gimnastas!

«¡Pero es la música del futuro! –exclamé a mi pesar–. ¿Estoy, pues, fuera del presente?»

Así parecía, porque, al acercarme al letrero que contenía la lista de temas musicales, leí este título asombroso:

«Nº 1 – Fantasía en la menor sobre el Cuadrado de la hipotenusa.»

¡Comencé a inquietarme por mí! ¿Estaba loco? Si no lo estaba, ¿no llegaría a estarlo? Huí, con las orejas ensangrentadas. ¡Me hacía falta el aire, el espacio, el desierto y su absoluto silencio! ¡La plaza Longueville no estaba lejos! ¡Ardía en deseos de encontrarme en ese pequeño Sahara! Corrí hacia allí...

Era un oasis. Grandes árboles daban una fresca sombra. Alfombras de hierba se extendían bajo los macizos de flores. El aire desprendía un aroma agradable. Un bonito arroyo murmuraba a través de toda esta vegetación. La náyade trasmutada de la antigüedad llevaba un agua límpida. Sin desagües hábilmente cuidados, el estanque ciertamente hubiese desbordado e inundado la ciudad. No era agua fabulosa ni cristal hilado ni gasa pintada. ¡No! ¡Era la combinación química de hidrógeno y oxígeno, un agua fresca y potable, plagada de miles de pececitos que, ayer apenas, no hubieran podido vivir ni siquiera una hora! Mojé los labios en esa agua que hasta entonces se había resistido a cualquier análisis y si hubiese estado azucarada, señoras y señores, con la exaltación que me embargaba, ¡lo habría encontrado muy natural!

Miré por última vez la húmeda náyade, como se mira un fenómeno, y dirigí mis pasos hacia la calle Rabuissons, preguntándome si todavía existía.

En todo caso, a la izquierda, se levantaba un enorme monumento de forma hexagonal, con una soberbia entrada. Era a la vez un circo y una sala de conciertos, lo bastante grande para permitir al Orfeón, a la Sociedad Filarmónica, a la Armonía, a la Unión Coral, a la Fanfarria Municipal de los Bomberos Voluntarios, fusionar allí sus acordes.

En esa sala –se lo oía de sobra– una inmensa multitud aplaudía hasta venirse abajo. Afuera se extendía una larga cola, a través de la cual se propagaba el entusiasmo del interior. En la puerta se desplegaban carteles gigantescos, con este nombre en letras colosales:

PIANOWSKI

PIANISTA DEL EMPERADOR DE LAS ISLAS SANDWICH

Yo no conocía ni a este emperador ni a su virtuoso súbdito.

–¿Y cuándo ha llegado Pianowski? –pregunté a un diletante, reconocible por el extraordinario desarrollo de sus orejas.

–No ha llegado –me respondió este indígena, mirándome con mucha sorpresa.

–Entonces, ¿cuándo llegará?

–No llegará –replicó el diletante.

Y esta vez parecía estar diciéndome: «¿Pero de dónde ha llegado usted?»

–Pero si no viene –le dije– ¿cuándo dará el concierto?

–Lo está dando en este momento.

–¿Aquí?

–¡Sí, aquí, en Amiens, al mismo tiempo que en Londres, Viena, Roma, San Petersburgo y Pekín!

«¡Vamos –pensé–, toda esta gente está loca! ¿Es que acaso se ha dejado escapar a los internos del establecimiento de Clermont?»

–Señor... –proseguí.

–Pero, señor –me respondió el diletante, encogiéndose de hombros–, ¡lea el afiche! ¡No ve usted que este concierto es un concierto eléctrico!

Leí el afiche... En efecto, en ese mismo momento el célebre triturador de marfiles, Pianowski, tocaba en París, en la sala Hertz; pero por medio de hilos eléctricos su instrumento estaba en comunicación con pianos en

Londres, Viena, Roma, San Petersburgo y Pekín. Por lo tanto, cuando tocaba una nota, la nota idéntica sonaba en el teclado de los pianos remotos, ¡cada tecla era movida instantáneamente por la corriente voltaica!

¡Quise entrar en la sala! ¡Me fue imposible! ¡Ah, no sé si el concierto era eléctrico, pero puedo jurar que los espectadores estaban electrizados!

¡No! ¡No! ¡Yo no estaba en Amiens! ¡No era en esa sabia y grave ciudad donde sucedían semejantes cosas! ¡Quise saber a qué atenerme y me lancé a lo que debía ser la calle Rabuissons!

¿Estaba allí la Biblioteca? ¡Sí, y en medio del patio el Lhomond de mármol seguía amenazando a los transeúntes que no sabían su gramática!

¿Y el Museo? ¡Allí estaba, con sus N coronadas, que se obstinaban en reaparecer bajo las raspaduras municipales!

¿Y el edificio del Consejo General? ¡Sí, con su puerta monumental, por la cual mis colegas y yo tenemos la costumbre de pasar el segundo y cuarto viernes de cada mes!

¿Y el edificio de la Prefectura? ¡Sí, con su bandera tricolor roída por la brisa del valle del Somme, como si hubiese ido al combate con el bravo 324º!

¡A esos edificios yo los reconocía! ¡Pero cuánto habían cambiado! ¡Esa calle Rabuissons tenía un falso aire de bulevar Haussmann! Estaba indeciso, ya no sabía qué creer... ¡Llegado que hube a la plaza Périgord, no abrigaba la menor duda!

En efecto, una especie de inundación había invadido la plaza. El agua brotaba del pavimento, como si algún pozo artesiano se hubiese perforado instantáneamente en el suelo.

«¡El conducto de agua! –exclamé–, ¡el gran conducto que aquí se rompe todos los años, con una regularidad matemática! ¡Sí, sin duda estoy en Amiens, en el corazón mismo de la vieja Samarobrive!»

Pero entonces, ¿qué ha pasado desde ayer? ¿A quién preguntarle? ¿No conozco a nadie? ¡Aquí soy casi un extranjero! ¡Es sin embargo imposible que no encuentre nadie a quien hablar!

Volví a subir la calle Trois Cailloux hacia la estación. ¿Y qué vi?

A la izquierda, un magnífico teatro, bien alejado de las casas vecinas, con una gran fachada de esa arquitectura polícroma que Charles Garnier tan imprudentemente ha puesto de moda. Un peristilo, convenientemente dispuesto, daba acceso a las escaleras que conducían a la sala. ¡No había barreras incómodas ni estrechos pasillos laberínticos que, el día anterior, servían para contener a un público demasiado escaso, desgraciadamente! En cuanto a la antigua sala, desaparecida, y los restos se vendían si duda en el mercado, al menudeo, ¡como vestigios de la edad de piedra!

Después, cuando di la espalda al teatro, en la esquina de la calle Corps-nuds-sans-tête, una deslumbrante tienda atrajo mi mirada. Escaparates de madera tallada, muestrarios espléndidos protegidos por cristal de Venecia, chucherías de gran valor, cobres, esmaltes, tapices, lozas que me parecieron absolutamente modernas, aunque estuviesen expuestas allí como productos de la más venerable antigüedad. Esta tienda era un verdadero museo, mantenido con una limpieza flamenca, sin una sola telaraña en las vitrinas, sin una sola mota de polvo sobre el parqué. En el cornisamento de la fachada, sobre una placa de mármol negro, en letras lapidarias, se desplegaba el nombre de un célebre revendedor de Amiens, nombre absolutamente contradictorio, además, con su rama de comercio, ¡que consiste en vender vasijas rotas!

Algunos síntomas de locura comenzaron a manifestarse en mi cerebro. Ya no pude ver más. Escapé. Atravesé la plaza Saint-Denis. Estaba adornada con dos fuentes y sus árboles seculares prodigaban sombra sobre un Du Cange, ya verde bajo la pátina del tiempo.

Corrí como loco subiendo la calle Porte-Paris.

En la plaza Montplaisir, un monumento considerable apareció ante mis ojos. En las cuatro esquinas, las estatuas de Robert de Luzarches, de

Blasset, de Delambre y del general Foy. En las caras del pedestal, bustos y medallones de bronce. Encima, una mujer sentada, representando la estatuaria, con esta leyenda: «La Escultura a los Ilustres Picardos».

¡Cómo! ¡La obra de nuestro colega el señor de Forceville descansaba por fin sobre un pedestal municipal! ¡Parecía mentira!

Me lancé por el bulevar Saint-Michel. Consulté el reloj de la estación. ¡Sólo estaba cuarenta y cinco minutos retrasado! ¡Un progreso! Por fin me precipité como un alud en la calle Noyon.

Se elevaban allí dos edificios que no conocía, que no podía conocer. A un lado, percibí el edificio de la Sociedad Industrial, con sus construcciones ya viejas, lanzando por una alta chimenea los vapores que hacían mover, sin duda, las admirables máquinas compositoras de Édouard Gand, sueño al fin hecho realidad de nuestro colega. Al otro lado, se levantaba el edificio de Correos, soberbio palacio que contrastaba singularmente con el local húmedo, oscuro donde, el día anterior, tras veinte minutos de espera, yo había conseguido retirar una carta a través de una de esas estrechas ventanillas ¡tan propicias a las tortícolis!

¡Ese fue el golpe de gracia sobre mi pobre cabeza! Me escapé por la calle Saint-Denis. Pasé frente al Palacio de Justicia... ¡Qué increíble! ¡Estaba totalmente acabado, pero el Tribunal de Apelación funcionaba aún en la buhardilla! ¡Llegué a la plaza Saint-Michel... Pedro el Ermitaño aún se encontraba allí, ¡llamándonos a una nueva cruzada! Eché una mirada oblicua a la catedral... El campanario del ala derecha estaba reparado y la cruz de la inmensa aguja, en otro tiempo curvada por la ráfagas del oeste, ¡se erguía con la rectitud de un pararrayos! Me precipité a la plaza del atrio... Ya no era un angosto callejón sin salida con repugnantes casuchas, sino una gran plaza, profunda, regular, bordeada de hermosas casas y que permitía dar el último toque al soberbio espécimen del arte gótico del siglo trece.

¡Me pellizqué hasta sangrar! ¡Un grito de dolor escapó de mis labios, lo que probó que yo estaba bien despierto. Busqué mi cartera. Comprobé el nombre que llevaban mis tarjetas de visita. ¡Sí, era el mío! ¡Era yo y no un

señor que había llegado en línea recta desde Honolulú para caer en plena capital de la Picardía!

«¡Vamos –me dije–, no hay que perder la cabeza! O Amiens ha sido modificada radicalmente desde ayer, lo que es inadmisible, ¡o ya no estoy en Amiens...! ¡Vaya! ¡Y el conducto roto de la plaza Périgord! Además, el Somme está a sólo dos pasos y voy... ¡El Somme! Pero aunque vinieran a decirme que ahora desemboca en el Mediterráneo o en el mar Negro, ¡yo no tendría derecho a asombrarme!»

En ese momento sentí que una mano se posaba en mi hombro. Mi primera impresión fue la de ser recapturado por mis guardianes. ¡No! Ante la presión de esa mano, reconocí que era la de un amigo.

Me di vuelta.

–¡Eh, buenos días, querido cliente! –me dijo con voz afectuosa un señor corpulento, de cara redonda y alegre, vestido todo de blanco, y a quien jamás había visto.

–¿Señor, con quién tengo el honor de hablar? –pregunté, resuelto a acabar de una vez.

–¡Cómo! ¿No reconoce a su médico?

–Mi médico es el doctor Lenoël –respondí– y yo...

–¿Lenoël? –exclamó el hombre de blanco–. Pero, querido cliente, ¿está usted loco?

–Si yo no lo estoy, señor, lo está usted –respondí–. ¡Así que elija!

¡Sentí que procedía honradamente al dejarle escoger!

Mi interlocutor me miró detenidamente.

–¡Hum! –dijo, y su alegre rostro se ensombreció–, ¡no le encuentro muy buen aspecto! ¡Ah, pero no, nada de eso! ¡Tengo el mismo interés que usted en que se encuentre bien! Ya no estamos en los tiempos del doctor Lenoël y sus sabios contemporáneos, Alexandre, Richer, Herbet, Peulevé, Faucon, estimables médicos, seguramente... Pero, desde entonces, ¡hemos progresado...!

–¡Ah! –dije–¡Ustedes han progresado...! ¿Así que curan a sus enfermos?

–¡Enfermos! ¡Es que no tenemos enfermos desde que las costumbres chinas se han adoptado en Francia! ¡Aquí es como si uno estuviese en China!

–¡En China! ¡No me extraña!

–¡Sí! ¡Nuestros clientes nos pagan honorarios sólo mientras están sanos! ¡Si dejan de estarlo, la caja se cierra! ¡Por lo tanto, nos interesa que nunca caigan enfermos! ¡Así que no hay epidemias o casi! Por doquier la salud espléndida que mantenemos con un esmero devoto, ¡como un granjero que lleva su granja en buen estado! ¡Las enfermedades! Pero, con este nuevo sistema, arruinaría a los médicos y, por el contrario, todos hacen fortuna!

–¿Y ocurre lo mismo con los abogados? –pregunté sonriendo.

–¡Oh, no! Comprenda usted que jamás habría procesos, mientras que, se haga lo que se haga, todavía quedan algunas dolencias menores... sobre todo entre los avaros, ¡que quieren economizar nuestros honorarios! Veamos, querido cliente, ¿qué tiene usted?

–No tengo nada.

–¿Ahora me reconoce?

–Sí –respondí, para no contrariar a este singular doctor, que, por otra parte, ¡podía muy bien tener razón!

–No lo dejaré languidecer –exclamó–, ¡porque usted me arruinaría! Veamos su lengua.

Le mostré la lengua y, realmente, debía tener un aspecto muy penoso.

–¡Hum! ¡Hum! –dijo, después de haberla examinado con una lupa–. ¡Lengua cargada! Su pulso.

Le entregué el pulso con resignación.

Mi doctor sacó del bolsillo un pequeño instrumento del cual había yo escuchado hablar muy recientemente y, aplicándolo a mi puño, obtuvo sobre un papel preparado el diagrama de mis pulsaciones que leyó con rapidez, como un empleado lee un despacho telegráfico.

–¡Diablos! ¡Diablos! –dijo.

Luego, tomando un termómetro *ad hoc*, me lo hundió en la boca antes que pudiese impedirlo.

–¡Cuarenta grados! –exclamó.

Y, al observar esta cifra, se puso pálido. Evidentemente, sus honorarios estaban comprometidos.

–¡Vamos! ¿Qué tengo? –pregunté, todavía indignado por la inesperada introducción del termómetro.

–¡Hum! ¡Hum!

–¡Sí, conozco esa respuesta, pero tiene el defecto de no ser suficientemente clara! ¡Pues bien, voy a decirle lo que tengo, doctor! ¡Creo que, desde la mañana, he perdido la chaveta!

–¡Es prematuro, querido cliente! –respondió con tono agradable y para tranquilizarme sin duda.

–¡No es para reír! –exclamé–. No reconozco a nadie... ¡ni siquiera a usted, doctor! ¡Me parece que no lo he visto jamás!

–¡Pero sí! ¡Usted me ve una vez por mes, cuando voy a cobrar mi pequeña renta!

–¡Pero no! Y me pregunto si esta ciudad es Amiens, si esta calle es la calle Beauvais.

–¡Sí, sí, querido cliente, es Amiens! ¡Ah, si tuviésemos tiempo de subir a la aguja de la catedral, reconocería perfectamente la capital de nuestra Picardía, defendida ahora por sus fuertes destacados! ¡Reconocería los encantadores valles del Somme, del Avre, del Selle, bajo la sombra de hermosos árboles, que no reportan más de cinco centavos por año, pero que una edilidad generosa nos ha conservado intactos! ¡Reconocería los bulevares exteriores, que atraviesan el río por dos puentes magníficos y crean un cinturón verdeante! ¡Reconocería la ciudad industrial, que se ha desarrollado con tanta rapidez sobre la margen derecha del Somme, desde que la ciudadela se ha demolido! ¡Reconocería la larga vía de comunicación denominada calle Tourne-Coiffe! Reconocería... Pero, después de todo, querido cliente, no quiero contrariarlo y si prefiere que vayamos a Carpentras...!

Ya veía que el buen hombre no quería contradecirme muy abiertamente pues, en efecto, ¡a los locos hay que tratarlos con consideración!

–Doctor... –dije–, escúcheme... Me someteré dócilmente a sus prescripciones... ¡No quiero robarle... mi dinero...! Pero déjeme hacerle una pregunta.

–¡Hable, querido cliente!

–¿Hoy es domingo...?

–El primer domingo del mes de agosto.

–¿De qué año?

–¡Principio de locura caracterizada por la pérdida de memoria! –murmuró. ¡Esto irá para largo!

–¿De qué año? –insistí.

–Del año...

Pero en el momento en que mi doctor iba a responder, fue interrumpido por unos gritos estrepitosos.

Me di vuelta. Un enjambre de curiosos rodeaba a un hombre de unos sesenta años, de raro aspecto. Este individuo andaba como asustado y parecía estar mal equilibrado sobre las piernas. Se podía decir que le faltaba la mitad de sí mismo.

–¿Quién es ese hombre? –le pregunté a mi doctor, que me había tomado del brazo diciendo para sus adentros: «Hay que distraerlo o su monomanía aumentará tanto que...»

–Le estoy preguntando quién es ese personaje y por qué la muchedumbre lo acompaña en sus pullas.

–¡Ese personaje! –respondió mi doctor–. ¡Cómo! ¡Usted me pregunta quién es! ¡Pero si es el único y último soltero que queda en todo el departamento del Somme!

–¿El último?

–¡Sin duda! ¡Ya entenderá por qué lo abuchean!

–¡Así que hoy día está prohibido estar soltero! –exclamé.

–Más o menos, desde que se impuso un gravamen al celibato. Es un impuesto progresivo. Cuanto más viejo, más se paga, y como, por otra parte, menos ocasión se tiene de entrar al matrimonio, ¡esto arruina a un hombre en poco tiempo! ¡El desgraciado que usted ve allí, menuda fortuna ha dilapidado!

–¿Acaso siente una insalvable repulsión hacia el bello sexo?

–¡No! ¡Es el bello sexo el que ha mostrado una repulsión insalvable hacia él! ¡Ha faltado a trescientos veintiséis matrimonios!

–Pero bueno, ¿hay aún jóvenes casaderas, supongo?

–¡Muy pocas, muy pocas! ¡Joven casadera, joven casada!

–¿Y las viudas?

–¡Ah, las viudas! ¡Ni se les deja tiempo para morir! En cuanto pasan los diez meses, ¡en marcha al Ayuntamiento! ¡En estos momentos, estoy seguro de que no hay ni veinticinco viudas disponibles en Francia!

–¿Pero los viudos?

–¡Oh, ellos, ya han hecho lo suyo! ¡Están liberados del servicio obligatorio y no tienen nada más que temer de los agentes del fisco!

–¡Ahora me explico por qué los bulevares rebosan de parejas jóvenes y viejas, regimentadas bajo el manto del matrimonio...!

–¡Que ha sido la bandera de la revancha, querido cliente! –replicó mi doctor.

¡No pude retener una carcajada!

–Venga, venga –me dijo, tomándome del brazo.

–¡Un momento! Doctor, ¿estamos en Amiens, verdad?

–¡Otra vez con eso! –murmuró.

Repetí mi pregunta.

–¡Sí, sí, en Amiens!

–¿En qué año?

–Ya se lo he dicho, en...

Resonó un triple silbido, que lo interrumpió, y fue seguido de un violento bocinazo. Un enorme coche llegó del extremo de la calle Beauvais.

–¡Apártese, apártese! –me gritó mi doctor empujándome al costado.

Y me pareció que agregaba entre dientes:

–¡Lo único que faltaría es que se rompiera una pierna! ¡Terminaría por sacarlo de mi bolsillo!

Era un coche de tranvía. No había notado hasta ese momento que las vías de acero surcaban las calles de la ciudad y, hay que confesarlo, encontré esta novedad muy natural, aunque hasta ayer, ¡ni hablar de tranvías y ómnibus!

Mi doctor le hizo señas al conductor del inmenso vehículo y tomamos asiento en la plataforma, ya atestada de viajeros.

–¿Adónde me conduce? –le pregunté, totalmente resignado, por otra parte, a dejarlo hacer.

–Al concurso regional.

–¿A la Hotoie?

–A la Hotoie.

–Entonces, ¿estamos en Amiens?

–Claro que sí –respondió mi doctor, lanzándome una mirada suplicante.

–¿Y cuál es la población actual de la ciudad, a partir del impuesto al celibato?

–Cuatrocientos cincuenta mil habitantes.

–Y nos encontramos en el año de gracia...

–En el año de gracia...

Un segundo bocinazo me impidió una vez más oír la respuesta que me interesaba en tal alto grado.

El coche había girado a la calle del Liceo y se dirigía al bulevar Cornuau.

Al pasar delante del Colegio, cuya capilla ya parecía un viejo monumento, me impresionó vivamente el número de alumnos que salían a su paseo dominical. No pude evitar manifestar una cierta sorpresa.

–¡Sí, son cuatro mil! –respondió mi doctor–. Es todo un regimiento.

–¡Cuatro mil! –exclamé–. ¡Vaya! ¡En ese regimiento se deben cometer barbarismos y solecismos!

–Pero, querido cliente –respondió mi doctor–, haga memoria. ¡Hace cien años, al menos, que no se da latín ni griego en los liceos! ¡La instrucción es puramente científica, comercial e industrial!

–¿Es posible?

–Sí, y usted bien sabe lo que fue de ese desdichado alumno que ha tenido la mala suerte de ganar el último premio de versos latinos.

–No –respondí con firmeza–; no, no lo sé.

–Bueno, cuando apareció en el estrado, le lanzaron diccionarios Gradus a la cabeza y en la confusión, ¡el prefecto casi lo ha mordido al besarlo!

–Y, desde entonces, ¿ya no se hacen versos latinos en los colegios?

–¡Ni siquiera la mitad de un hexámetro!

–¿Pero la prosa latina también ha sido proscrita por esto?

–¡No, sino dos años después, y con razón! ¿Sabe cómo, en el examen final, había traducido uno de los mejores candidatos:

Immanis pecoris custos!

–No.

–De esta manera: «¡Guardián de una pécora inmensa!»

–¡Vaya!

–Y:

Patiens quia æternus?

–¡No me lo figuro!

–¡«Paciente porque estornuda»! ¡Entonces el ministro de Educación comprendió que ya era tiempo de suprimir el latín de los estudios escolares!

–¡A fe mía! –exclamé. El rostro del doctor no pudo contenerme. ¡Era evidente que mi locura tomaba ante sus ojos un carácter alarmante! ¡Falta absoluta de memoria, por un lado, intempestivas risas de orate, por el otro...! Era como para desesperarlo.

Y, ciertamente, mi hilaridad se habría prolongado indefinidamente si la belleza del lugar no hubiese atraído mi mirada.

En efecto, descendimos el bulevar Cornuau, rectificado gracias a un compromiso amistoso forjado entre la Municipalidad y la Administración de viviendas obreras. A la izquierda se elevaba la estación Saint-Roch. Este monumento, después de haberse agrietado notablemente durante las obras de construcción, parecía querer justificar a partir de entonces este verso de Delille:

¡Su masa indestructible ha fatigado el tiempo!

Los rieles del tranvía se extendían por la vía central del bulevar, bajo la sombra de una cuádruple hilera de árboles que yo había visto plantar y que parecían dos veces centenarios.

En unos segundos llegamos a la Hotoie. ¡Cuántos cambios aportados a este hermoso paseo a donde en el siglo XIV iba a «divertirse la juventud picarda»! Ahora era una especie de Prado Catalán, grandes sectores de césped a la moda inglesa, vastos macizos de arbustos y flores que disimulaban la forma rectangular de las parcelas reservadas a las exposiciones anuales. Un nuevo ordenamiento de los árboles que se asfixiaban hasta ayer mismo les había dado espacio y aire, y podían rivalizar con las gigantescas «wellingtonias» de California.

Había una multitud en la Hotoie. El programa no me había engañado. Allí, el Concurso Regional del norte de Francia exponía la larga sucesión de sus establos, sus cabañas, sus carpas, sus kioscos de todos los modelos y colores. Pero la clausura de esta fiesta agrícola e industrial sería ese mismo día. Antes de una hora, los ganadores –bípedos o cuadrúpedos– debían ser galardonados.

Estos concursos no me disgustaban. De ellos se desprendía para ojos y oídos una útil lección. El fuerte estruendo de las máquinas en funcionamiento, el relincho del vapor, el balido quejoso de los carneros encerrados en su vallado, el cacareo ensordecedor de las aves de corral, los mugidos de los grandes bueyes que reclaman su prima, los discursos de las autoridades, cuyos pomposos periodos desbordan el estrado, los aplausos tributados por los laureados, el dulce ruido de los besos que los labios oficiales depositan sobre las frentes coronadas, las órdenes militares que resuenan bajo los grandes árboles, finalmente, ese vago murmullo que sale de la multitud, todo esto forma un concierto extraño, pero cuyo encanto aprecio vivamente.

Mi doctor me empujó a través del molinete. Se aproximaba la hora en que iba a efectuarse el discurso del señor delegado del Ministro y yo no quería

perderme una palabra de esta arenga, que debía ser tan nueva por el fondo y la forma, por poco que hubiese de seguir la marcha del progreso.

Así que pasé rápidamente al medio del vasto cuadrilátero reservado a las máquinas. Mi doctor compró a elevado precio algunas botellas de un precioso líquido, que tenía la propiedad de desinfectar el agua de Lubin. En cuanto a mí se refiere, me dejé tentar por algunas cajas de una pasta fosforada que destruía tan radicalmente los ratones que los remplazaba por gatos.

Luego, escuché pianos complejos, que reproducían armónicamente todas las sonoridades de una orquesta de la Ópera. No lejos, unas trituradoras molían granos con un ruido atronador. Segadoras Albaret y Cía. rasuraban los trigales, como haría un barbero con una mejilla barbuda. Unos martillos-pilón, de resorte atmosférico, daban golpes de tres millones de kilos. Una bombas centrífugas maniobraban con objeto de absorber, en unos pocos golpes de pistón, todo el Selle, y me recordaban el bonito verso de Hégésippe Moreau sobre la Voulzie:

¡Un gigante sediento lo bebería de un trago!

Luego, en todas partes, estaban las máquinas de procedencia norteamericana, llevadas hasta el último límite del progreso. A una se le presentaba un cerdo vivo y de ella salían dos jamones, ¡uno de York, otro de Westfalia! A otra se le ofrecía un conejo aún coleando y ¡entregaba un sombrero de piel con forro sudorífugo! ¡Ésta absorbía vellones vulgares y devolvía un vestido completo de paño de Elbeuf! Aquélla devoraba un ternero de tres años y lo presentaba de nuevo bajo la doble forma de un estofado humeante y de un par de botines recién lustrados, etc., etc.

Pero yo no podía detenerme a contemplar las maravillas del genio humano. ¡Era yo quien ahora arrastraba a mi doctor...! ¡Me hallaba embriagado!

Llegué cerca del estrado, que ya se doblaba bajo el peso de personajes importantes.

Se acababa de premiar a los hombres gordos... como se hace en Norteamérica en todo concurso un poco serio.

El laureado era tan merecedor del premio que había sido necesario llevarlo con una grúa.

Al concurso de hombres gordos había sucedido el de mujeres flacas y la ganadora, al descender del estrado, los ojos púdicamente bajos, repetía el axioma de uno de nuestros filósofos más espirituales: «¡Se ama a las mujeres gordas, pero son las flacas a quienes se adora!»

Era el turno de los bebés. Había varios centenares, entre los cuales se premió al más pesado, al más joven y acaso ¡al que gritaba más fuerte! Por lo demás, evidentemente todos se morían de sed y pedían beber a su manera, lo que no tiene nada de agradable.

«¡Dios mío –exclamé–, nunca habrá suficientes nodrizas para...!»

Me interrumpió un silbido.

–¿Qué es eso? –pregunté.

–¡Es la máquina de amamantar funcionando! –respondió mi doctor–. ¡Tiene la fuerza de quinientas normandas! Usted comprende, querido cliente, que con el impuesto al celibato ¡hubo que inventar la lactancia a vapor!

Los trescientos bebés habían desaparecido. A sus gritos estruendosos sucedió un silencio religioso.

El delegado del Ministro iba a cerrar el concurso regional con un discurso.

Avanzó por el borde del estrado. Comenzó a hablar...

¡Mi estupefacción, que había continuado creciendo hasta ese momento, sobrepasó entonces los límites de lo imposible!

¡Sí! ¡Todo había cambiado en este mundo! ¡Todo había seguido la vía del progreso! ¡Ideas, costumbres, industria, comercio, agricultura, todo se había modificado...!

Únicamente la primera frase del discurso del señor delegado continuaba siendo la de antaño, la que invariablemente estará al comienzo de toda alocución oficial:

–Señores –dijo–, es un placer encontrarme nuevamente...

En eso hice un brusco movimiento. Me pareció que los ojos se me abrían en la oscuridad... Extendí las manos... Volqué mi mesa y mi lámpara sin querer... El ruido me despertó... ¡Era de noche...!

¡Todo esto no había sido más que un sueño!

.....

Algunos sabios bien informados afirman que los sueños, incluso los que nos parecen que se prolongan durante toda una larga noche, no duran en realidad más que unos segundos.

Puede que les parezca así, señoras y señores, este paseo ideal que, bajo una forma demasiado fantasiosa quizás, acabo de hacer en sueños por la ciudad de Amiens... ¡en el año 2000!

El vapor
Soneto, abril de 1847

Ahora el vapor está a la orden del día.
¡Todo marcha por su ayuda! ¿Es esto bueno para el mundo?
Para seleccionar bien sobre la tierra donde cualquier cosa abunda,
Haría falta por tanto apurarse, cuando alguien de la vuelta

Se vuela a partir de ahora sobre la tierra y sobre las aguas;
Se hace sin pensar en la ida y la vuelta ;
Se imita al sol que, mientras que da su vuelta,
Mide en una noche la celeste boveda.

Esto sólo puede ser bueno en este tiempo de guerra,
Donde son exterminados esos hombres que recientemente
Marcharon contra la muerte sin reproche y sin miedo,

Si engañando al enemigo por su sutil artimaña,
se rehacen algunos guerreros tanto como se usen,
¡El amor todas las noches marchará como el vapor!

La Luna
Soneto, diciembre de 1847

Mucha gente en este mundo tiene un comportamiento extraño,
Y por el cual se busca en vano la causa y el secreto ;
Sin que se sepa por qué, sus almas amables
En un instante llegan a ser ásperas, la cólera se declara.

Uno defiende una cosa, y después la permite ;
Otro es inglés en la mañana, y en la tarde se vuelve tártaro.
Uno con el alma calmada se convierte en embrollador, distraido,
El otro, gran orador, se queda mudo en la barra.

Uno cambia de actitud tan pronto como desayuna ;
Y el otro para hacerlo espera hasta después de la cena ;
Avaro, este último prodiga su fortuna.

Uno progresista a fondo simpatiza con los conservadores ;
¿De donde vienen los reflujos y flujos de estos comportamientos?
Como los del mar, ¿no vendrán de la Luna?

La muerte
Soneto, diciembre de 1847

En esta pobre aldea donde la vida es amarga,
El triste campo de muerte, de aspecto maldito,
Viene a mostrar las lágrimas del ciprés y del tejo
¡Al alma del caminante que palidece y se oprime!

Allá, a la vista de esas tumbas, en el lastimoso capitel,
Donde los ricos se duermen bajo la engañosa gloria,
Pero en frágiles cruces, indicación tan natural
¡Del sitio donde el pobre ha terminado la miseria!

En la ciudad donde siempre se desborda el placer,
Donde la abundancia suple el deseo más simple,
¡La muerte no es el fin de la esclavitud!

Pero en la triste aldea, donde duerme el desánimo,
¡Oh! ¡la muerte no sabría como venir tan rápidamente!...
¡Y por tanto en la ciudad, se muere como en la aldea!

¿Conoce usted a mi andaluza?
julio de 1848

Conoce usted a mi Andaluza,
Más bella que los más bellos días,
Loca amante, más loca esposa,
En sus amores, toda celosa,
¡Toda sensualidad en sus amores!

¡Verdadero Dios! de esto que tengo en el alma,
¿Tendría al infierno sobre mis pasos?
Porque una palabra de amor de mi dama

Ha sólo avivado esta llama,
¡Mi alma no se quejará!

Mi bella amante es bella,
¡Cuando se mira en mis ojos!
La estrella no brilla tanto como ella,
¡Y cuando su dulce voz me llama,
Creo que me llaman desde los Cielos!

Su fino y flexible tamaño
Ondula en tierno movimiento,
Y en ocasiones tan maravillosa mina,
Esa cabeza que me fascina
¡Brilla como un diamante!

La bella criatura
Desata las corrientes ondulantes
De una bien negra cabellera
Que la cubren, le juro,
¡De besos todos impacientes!

Su ojo bajo su párpado
Lanza un voluptuoso rayo,
Que hace hervir en mi arteria
Todo aquello que Venus de Citera
¡En su seno avivaba el fuego!

Sobre sus labios de rosa
La sonrisa de noche, de día
Brilla como una flor que nace
¡Y cuando sobre mi corazón se posa,
Lo hace palpitar de amor!

Cuando ella me da
Su blanco mano para que la bese,
Que el Cielo se desancadene y truene,

Que me importa, - Dios me perdone,
¡No puede así besarme!

Su boca bienamada
Se deja caer como una flor
Dulce aliento perfumado,
Y que su balsámico aliento
¡Le devolvería a las rosas su color!

Su profundo pensamiento
Viene a pintarse en su bella apariencia,
Y es que su alma es acariciada,
Como la dulce novia
¡Cuando el amante llega bien tarde por las tardes!

¡Viva entonces el amor, los cantos, la embriaguez!
¡Es necesario disfrutar de la belleza!
¡Amiga! ¡oh te acaricio!
¡Que te dejo, oh mi señora,
Palpitante de placer!

¡Oh! ¡ven! ven toda vibrante,
Que importa que haga falta morir,
Si te veo expirando
Bajo mis besos, mi bella amante.
¡Si morimos de placer!

Amo esos dulces pájaros
julio de 1848

Amo esos dulces pájaros, que se pasean en el aire
Su vida y su amor, y más rápidos que el relampago
¡Que vuelan todos juntos!
Amo la flor de los campos, que recogo en la mañana,
Y que la tarde, en el baile, posa sobre su seno
¡Que de embriaguez se estremece!

Amo los torbellinos de los bailes, de los placeres,
Las fiestas, el atavío, y los tiernos deseos
¡Que se despiertan en el alma!
Amo al angel guardián que dirige mis pasos,
Que me aprieta la mano, y me da en voz baja
¡Para las dolores un dictamen!

Amo el triste sauce, en la muda tarde del día,
La cabeza aún caliente, llena de sombra y de amor,
¡Que se inclina y que piensa!
Amo la mano de Dios, puesta sobre nuestro corazón
Dejar caer sonriendo esa amorosa flor
¡Que se nombra esperanza!

Amo la dulce orquesta, en lágrimas, lamentándose
Que vierte sobre mi alma un lánguido acento,
¡Una triste armonía!
Amo sólo escuchar el lenguaje de los Cielos
Que hablan a la Tierra, y la llenan de fuegos
De sol y de vida.

Amo a las orillas del mar, contemplar el cielo azul
Que encierra en su seno el poder de Dios,
¡Sentarme pensativamente!
Amo seguir en ocasiones en los sueños dorados
Mi alma que va a perderse en las corrientes azules
¡Su pensamiento inactivo!

Amo el secreto esfuerzo del corazón, que dulcemente
Se agita, el pensamiento de dulce principio
¡Que se siente en sí mismo!
Mejor que el árbol, el pájaro, la flor que complace a los ojos,
El sauce envuelto en lágrimas, la esperanza de los Cielos...
Amo lo que me ame.

Cuando por el duro invierno

Soneto, diciembre de 1849

Cuando por el duro invierno que tristemente vuelve
La nieve con sus largos copos cae, blanqueando el techo,
Permita que el gemido del tiempo la enfrente.
Por nuestros numerosos haces, ¡devuélvame la estrecha chimenea!

Para el ocioso soñador, la dulce sobremesa
Con los pies sobre los morrillos, sueña, cree
¡La felicidad! - él no quiere delante de su chimenea más
Que una butaca bien suave, ¡donde pueda burlarse del frío!

Atiza su fuego por medio de sus tenazas ;
La llama crece, como una estrella caída
La chispa que el ojo ve en la sombra se mantiene y sigue.

A él le parece entonces ver que los astros de la noche se muestran ;
La ilusión se redobla; ¡está feliz! piensa unir
¡Al calor del día el encanto de la noche!

A la morfina

Soneto, marzo de 1886

Toma, si hiciese falta, doctor, las alas de Mercurio
Para traerme lo más pronto posible tu precioso bálsamo
Ha llegado el momento de la inyección,
Que, de esta cama infernal, me lleve hacia los cielos.

Gracias, doctor, gracias, que importa que la cura
Ahora se prolongue durante aburridos días
¡El divino bálsamo esta allí, tan divino que Epicuro
debe haberlo inventado para el uso de los Dioses!

Siento que circula, que me penetra
Del espíritu y del cuerpo un inexplicable bienestar,
es la calma absoluta en la serenidad.

Ah, pínchame cien veces con tu fina aguja
Y te bendeciré cien veces, Santa Morfina,
De la cual Esculapio haya hecho una Divinidad.

Carta enviada por Julio Verne a su padre en abril de 1851

Editado por Christian Sánchez

Lunes 7 de abril de 1851

Mi querido papá:

El Sr. Championnière ha muerto. Ayer, domingo, a las tres de la tarde. Es una terrible desgracia. En lo que a mí respecta, significa toda una conmoción. Es la primera persona a quien en parte he conocido en toda la fuerza de su espíritu, y nos abandona. ¡Qué penosa noticia!

¿Fue confesado, se le suministraron los sacramentos? No lo sé. Sería muy lamentable que la ayuda de la religión no le haya llegado a tiempo. Me parece que no creía mucho y que practicaba aún menos. Generalmente no se piensa en todo lo que encierra la palabra muerte. Se acostumbra a decir: tal día fue cometido un asesinato, tuvo lugar una sublevación, tres personas fueron muertas, 12.000 cadáveres en junio... Sólo se ve el fin de un hombre allí donde, en realidad, habría que considerar su comienzo. No se va más allá de la tumba. Y sin embargo más acá no hay nada. La eternidad no es algo tranquilizador y por más perspectivas que ofrezca, ellas no compensan las expectativas de penas. Valdría más que el alma fuera mortal. En fin, muy a menudo pienso en todo esto, mi querido papá; estas inesperadas muertes de amigos y parientes lo sumen a uno en tristes reflexiones. De las indagaciones que se hacen en la condición actual, pronto se llega a lo que un día nos espera. Pienso en eso y no me siento mejor[1]

Parece que aún hay alguien que reza por él.

Es decir, entonces, que un hombre rico, cuya familia puede pagar muchas plegarias, misas, servicios, etc., tiene más posibilidades de permanecer menos tiempo en el purgatorio que un pobre diablo, cuyo fallecimiento no enriqueció a nadie. No puedo creerlo. Y si no es así, ¿por qué todas esas misas pagadas por los parientes?

No sé qué pensar al respecto.

Adiós, mi querido papá; espero carta tuya. Mil recuerdos para todos.

Tu hijo respetuoso.

Julio Verne.

---

1. Aparentemente las cuestiones metafísicas ocuparon poco lugar en la vida y en la obra de Verne: por lo tanto resulta muy curioso observar con qué profundidad un joven de veintitrés años se interrogaba sobre problemas escatológicos. (N. del T).

Carta enviada por Pierre-Jules Hetzel a Julio Verne, a finales de 1863 o prinicipios de 1864, luego de haber leído el manuscrito de *París en el siglo XX*

Traducción española: Ariel Pérez

Mi estimado Verne, daría no sé qué con tal de no haberle escrito hoy. Usted se ha impuesto una tarea imposible y, al igual que sus predecesores en situaciones análogas , no ha llegado a un feliz término. Esto está a cien pies por debajo de Cinco semanas en globo. Si releyese el texto dentro de un año estaría de acuerdo conmigo. Esto es un pequeño reporte y sobre un asunto que no es el más feliz.

No esperaba una cosa perfecta; le vuelvo a decir que sabía que intentaba hacer lo impracticable, pero esperaba algo mejor. No existe allí una sola pregunta sobre el futuro que sea seriamente resuelta, una crítica que no se parezca a una carga ya hecha y rehecha y lo que me asombra es que haya hecho con ardor y como poseído por un Dios una cosa tan penosa, tan poco viva.

Me gusta mejor ser franco. Si usted hubiese fracasado en la puesta de una obra teatral, lo comprendría - y bien se fracasa en un libro como en una obra - y cuando el punto de partida llega a lo imposible, no hay nada que pueda conducir al objetivo, ni talento, ni descripción de detalles - nada salva lo que no puede salvarse.

No veo nada que alabar en este caso, nada que aplaudir francamente. Lo siento, estoy apenado por esto que debo escribirle. Veo como un desastre para su nombre la publicación de su trabajo. Esto daría a creer que lo del *Globo*[1] es una feliz casualidad. Yo, que tengo el *Capitán Hatteras*[2], sé que la casualidad por el contrario es esta cosa infeliz, pero el publico no lo sabría.

¿Hace falta decírselo?, este libro es casi que de niño - de principiante, de un hombre que va como un abejorro contra una ventana.

Sobre las cosas en las cuales me creo competente - las cosas literarias -, no hay nada de nuevo - usted habla de eso como un hombre de mundo

que está un poco mezclado - que ha estado en las primeras representaciones, que descubre los lugares comunes con satisfacción. Esto no está ni en el elogio ni en la crítica. Lo que vale la pena de decir.

Usted no está maduro para este libro, lo volverá a hacer dentro de veinte años. Esta es la pena por envejecer el mundo en cien años para no estar por encima de aquello que corre hoy por las calles. En fin esto es un fracaso, un fracaso y cien mil hombres me podrían decir lo contrario y los enviaría a todos a paseo.

Desafortunadamente cien mil hombres hablarían como yo lo hago.

Nada ofende ni mis ideas ni mis sentimientos allí. Es solamente la literatura la que me ofende - inferior a algo de su estilo, casi en todas las líneas.

Su Michel es un tonto; los otros no son simpáticos y son frecuentemente desagradables.

Usted es mediocre allí, hasta los cabellos. No hay una verdadera originalidad, no hay simplicidad, no hay espíritu, no hay, en una palabra, lo que pueda hacer una carrera de seis meses a un libro. Sólo hay cosas que pueden hacerle un daño irreparable.

¿Tengo razón, mi querido muchacho, de tratarle como un hijo, cruelmente, a fuerza de querer lo mejor para usted?

¿Irá esto a rebelar su corazón contra aquel que osa advertirlo tan duramente?

Espero que no - y por tanto sé que me he equivocado más de una vez sobre la fuerza de las gentes que reciben una verdadera recomendación. Si no tuviese delante mío al autor del *Globo*, no dudaría que - convencido o no - sería usted partícipe de mi buena intención. Ahora bien, uno de los efectos de su libro nuevo, es que me hace temer que no está usted lo suficientemente maduro, lo suficientemente fuerte para comprender este desgarre quirúrgico. Dios sabe por tanto que si su libro hubiese tenido

sólamente un cuarto de éxito estaría decidido a considerarlo de buen grado.

Suyo, J. Hetzel.

---

1. Se refiere a Cinco semanas en globo. (N. del T)
2. Se refiere a Aventuras del capitán Hatteras. (N. del T)

Carta enviada por Julio Verne a su hermano Paul en agosto de 1894
Editado por Christian Sánchez

Amiens, 26 de agosto de 1894

Mi viejo Paul, recibí tu carta y la respondo en pocas palabras. El navío pez–pájaro[1] es absurdo. Lo sé. Además tampoco lo haría fabricar. Por otra parte, como ocurre siempre, después de varias semanas de trabajo y 30 ó 40 planes, mi tema se desvía, y ya no será una nave fantasma. El Turpin se lo ha llevado[2] , pero voy a hacer que ocurra en condiciones casi fantásticas, con la locura como desenlace y ubicándolo en un medio poco común. Cuando te vea, te contaré esto. Sin embargo, si se te ocurre alguna idea, envíamela. En este momento la mano me duele tanto al escribir, que no te cuento más.

Saludos a todos. A ti cordialmente.

Julio Verne.

---

1. En una carta del 7 de agosto de 1894, también dirigida a su hermano, Julio Verne hace alusión a este navío fantástico y a la invención de Turpin. Es curioso observar que la idea de la nave pez pájaro (la nave fantasma), como el autor la llama en otra parte será explotada por Julio Verne en la novela **Amo del mundo**, aparecida en 1904. Por otra parte, no es el único caso en el cual Julio Verne llevó a cabo una idea que le había parecido absurda. Efectivamente, en su artículo **Edgard Poe y sus obras** (*Musée des Familles*, abril de 1864), hablando de la novela Las aventuras de Arthur Gordon Pym, nos dice: “Y el relato es interrumpido de este modo. ¿Quién volverá a retomarlo? Alguien más audaz que yo y más osado para internarse en el dominio de las cosas imposibles”. Y fue lo que hizo en 1897, al publicar **La esfinge de los hielos**, que es precisamente, la continuación de **Las aventuras de Arthur Gordon Pym**. (N. del T).
2. Julio Verne llamaba Turpin al invento que emplearía en **Frente a la bandera**. Resulta pues indiscutible que el personaje Thomas Roch fue inspirado por el inventor francés. Por otra parte, el hecho de que el autor lo

empleara significa, en nuestra opinión, que había hablado varias veces de ello a su hermano, y que consideraba completamente natural trasladar al medio fantástico de su novela al desdichado sabio francés. Julio Verne tampoco podía imaginar que éste entablaría una acción judicial. A propósito de este proceso, esto es lo que Julio Verne dijo en una carta del 1° de diciembre de 1896 dirigida al napolitano Mario Turiello y publicada por éste en el *Bulletin de la Societé Jules Verne*, con gran número de variantes con respecto al texto original: “He estado demasiado tiempo ausente para este proceso que felizmente tendrá desenlace el sábado próximo; así lo espero”. (N. del T).

Carta enviada por Julio Verne a Louis-Jules Hetzel en septiembre de 1896, luego de haberle enviado la primera parte del manuscrito de “La esfinge de los hielos”

Editado por Christian Sánchez

Amiens, 1° de setiembre de 1896

Mi querido Jules:

Le envío hoy un manuscrito de la primera parte de *Sphinx antarctíque*[1]. Se corresponderá con el capitán Hatteras, pero no hay nada en común entre esas dos obras, ni en los personajes, ni en la acción, y llegará en buena época porque se trata de viajes, de descubrimientos en el polo sur. Tomé como punto de partida una de las más extrañas novelas de Edgard (sic) Poe, Las Aventuras de Gordon Pym, la que no será preciso haber leído.

Aproveché todo lo que Poe dejó inacabado y el misterio que rodea a ciertos personajes. Se me ocurrió una idea muy brillante: uno de mis personajes que creía como todo el mundo que esta novela era una ficción se encontrará frente a frente con una realidad. No preciso decirle que fui infinitamente más lejos que Poe. Ya juzgará por usted mismo y espero que mis lectores se interesen mucho y resulten muy atrapados por el sesgo extraordinario de esta obra. Desearía dedicarla a la memoria de Edgard Poe y a mis amigos de América. Esta novela me apasionó; veremos si apasiona al público.

No sé si usted está en París; al mismo tiempo que a usted, le escribo a Simon para que me responda mañana —así lo espero— anunciándome la recepción del manuscrito.

También dediqué Clovis Dardentor a mis nietos Michel, Georges y Jean Verne. Pienso que no habrán olvidado esa dedicatoria en el in-18 y en el in-18 ilustrado. Se la recomiendo.

Escribo muy mal, pero es suficiente con que me entienda y me dé noticias suyas.

Saludos a toda su familia, y a usted muy cordialmente.

Julio Verne.

---

1. Posteriormente *Le sphinx des glaces* (La esfinge de los hielos). (N. del T)

Carta enviada por Julio Verne a su amigo Nadar, en agosto de 1903, en respuesta a una carta enviada por este.

Editado por Christian Sánchez

Amiens, 22 de agosto de 1903

Querido y viejo amigo:

Recibo tu buena carta y la respondo de inmediato. Ante todo, no estoy como dicen los diarios, y a pesar de lo que afirman no puedo creer que estoy ciego. Puedo leerte, te escribo, camino por las calles de la vieja Samarabrive. Entonces exageran: que tengo principio de cataratas, sea. Pero aún tengo muchas esperanzas de escaparle a la operación. Te noto muy cambiado, querido Nadar, y tu intrépido compañero no lo está menos. Parece que es la vida. Cuando subiste en globo, ¿por qué no llegaste hasta el cielo? Tal vez habrías encontrado la razón de todas las cosas. Gracias, por tu informe sobre los ciegos. El Béril [Béril o Baril] en cuestión vive siempre en Amiens.

Recuerdos respetuosos a tu mujer y para ti la sincera cordialidad de un viejo amigo.

Julio Verne.